TEATRO

21

El tamaño no importa (IV)

Textos breves de aquí y de ahora

Tomás Afán
Antonia Bueno
Jesús Campos
Pedro Catalán
Alberto De Casso
Maxi De Diego
Javier De Dios
Julio Fernández
Rita Forlani
Yolanda García Serrano
Juan Pablo Heras
Fernando J. López
Luis Maluenda
Aurora Mateos
Juan Luis Mira
Miguel Murillo
Ángel Navas Mormeneo
Alfonso Plou
Susana Sánchez
Enrique Torres Infantes
Pilar Zapata

TEATRO

© TOMÁS AFÁN, ANTONIA BUENO, JESÚS CAMPOS, PEDRO CATALÁN, ALBERTO DE CASSO, MAXI DE DIEGO, JAVIER DE DIOS, JULIO FERNÁNDEZ, RITA FORLANI, YOLANDA GARCÍA SERRANO, JUAN PABLO HERAS, FERNANDO J. LÓPEZ, LUIS MALUENDA, AURORA MATEOS, JUAN LUIS MIRA, MIGUEL MURILLO, ÁNGEL NAVAS MORMENEO, ALFONSO PLOU, SUSANA SÁNCHEZ, ENRIQUE TORRES INFANTES, PILAR ZAPATA.

© AAT para esta edición

EDITA
Asociación de Autores de Teatro

DISEÑO
Martín Moreno y Altozano

ISBN: 978-84-96837-22-5
DEP. LEGAL: GU: 24/2014

La AAT realiza sus actividades con la colaboración de:

GOBIERNO DE ESPAÑA · MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE · SECRETARÍA DE ESTADO DE CULTURA · INSTITUTO NACIONAL DE LAS ARTES ESCÉNICAS Y DE LA MÚSICA

GOBIERNO DE ESPAÑA · MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

La Suma de Todos

fundación autor

SOCIEDAD GENERAL DE AUTORES Y EDITORES

CEDRO
CENTRO ESPAÑOL DE DERECHOS REPROGRÁFICOS

AAT TEATRO

El tamaño no importa IV

Textos breves de aquí y de ahora

índice

La cena de Tomás Afán 9

Toda una vida de Antonia Bueno 15

Pareja con tenedor de Jesús Campos 21

Deuda de Pedro Catalán 23

La última cita de Alberto de Casso 29

Sueños adolescentes (I) de Maxi de Diego 35

Liberación de Javier de Dios 39

Lo innombrable de Julio Fernández 45

Caperucit@ de Rita Forlani 53

¡Esto es la guerra! de Yolanda García Serrano 57

Mensajes de Juan Pablo Heras 63

Mándame un whatsapp de Fernando J. López 69

Paso de peatones de Luis Maluenda 77

Et in hora de Aurora Mateos 83

Esperando el bus de Juan Luis Mira 89

Pupitre vacío de Miguel Murillo 95

¡Cargas, 2012! de Ángel Navas Mormeneo 101

In medias res de Alfonso Plou 105

Permiso paterno de Susana Sánchez 109

Planes de empleo de Enrique Torres Infantes 115

Masculino y femenina de Pilar Zapata 121

LA CENA

Tomás Afán

VERONÉS.– ¿Herejía?
AMIGO.– Así es.
VERONÉS.– Me acusan de herejía por pintar un cuadro sobre Cristo en la última cena. No es posible.
AMIGO.– Lo es.
VERONÉS.– Se han vuelto locos.
AMIGO.– Quizás. Pero... lo que has pintado... reconoce que no es una *última cena* normal.
VERONÉS.– Yo no soy un pintor normal. Yo soy Paolo Caliari, *el Veronés*; las iglesias y los palacios de Venecia están repletas de obras mías.
AMIGO.– Ya, pero escúchame.
VERONÉS.– Escúchame tú a mí. Esto es un atropello y no estoy dispuesto...
AMIGO.– Basta. No te das cuenta de la gravedad del problema. No se trata de que un cliente no esté contento con el resultado de un encargo y que proteste por ello. No. Se trata de algo mucho más grave.
VERONÉS.– ¿Cómo de grave?
AMIGO.– El tribunal de la Inquisición.
VERONÉS.– ¿Qué has dicho?
AMIGO.– Paolo, te van a procesar.
VERONÉS.– ¿El tribunal....?
AMIGO.– La Inquisición, sí.
VERONÉS.– Yo no soy un brujo, ni un judío, ¿qué se han creído?

AMIGO.– Lo sé, pero eres un pintor conocido, y cuando tratas temas relacionados con la fe, tienes que atenerte absolutamente a la ortodoxia. ¿Qué pasaría si los fieles, al acudir a las iglesias, adoraran una imagen con un Cristo alegre y riendo en plena crucifixión...? O qué se yo, cualquier disparate por el estilo.

VERONÉS.– Mi pintura no es ningún disparate.

AMIGO.– Lo sé. Yo creo que es una buena obra, pero sería muchísimo mejor con algunos cambios.

VERONÉS.– ¿Qué clase de cambios?

AMIGO.– Verás, hay elementos impropios.

VERONÉS.– ¿Elementos impropios? Propio, impropio, ¿qué es eso de impropio?

AMIGO.– Está bien. Elementos irreverentes, irrespetuosos, ¿te gusta más así?

VERONÉS.– Pero dime cuáles.

AMIGO.– Por Dios, lo sabes de sobra.

VERONÉS.– Te aseguro que no.

AMIGO.– Está bien, te lo diré. Hay dos animales en la composición.

VERONÉS.– Te equivocas, no hay dos animales.

AMIGO.– ¿Cómo que no? ¿Crees que estoy ciego? Ahí veo un perro y aquí un gato.

VERONÉS.– Hay tres animales. ¿No has visto el azor?

AMIGO.– ¿Qué?

VERONÉS.– Aquí.

AMIGO.– Ah.

VERONÉS.– El Santo Tribunal no ha descubierto mi azor, y eso que ellos son «El ojo de Dios».

AMIGO.– De acuerdo, hay tres animales, más a mi favor. La santa cena fue una reunión de Apóstoles, y todos ellos eran personas; cuando Cristo decidió elegir a sus discípulos no

optó por perros y gatos para continuar su divina obra en su ausencia, que yo sepa.

VERONÉS.– Tú eres el irreverente al pensar que mis animales son figuras sagradas. Simplemente trato de ambientar la cena, quiero que el espectador que contempla mi cuadro se regocije, disfrute con un ambiente que le sugiera placidez, para ello introduzco elementos que enriquezcan y...

AMIGO.– No se necesita ningún perro para contar la última cena.

VERONÉS.– ¿Qué se necesita según tú para contar esa historia?

AMIGO.– Jesucristo nuestro Señor y los doce apóstoles. Solo eso.

VERONÉS.– ¿Y no se necesita una mesa y asientos y platos y un techo y suelo y paredes y alimentos?

AMIGO.– Sí, pero no animales.

VERONÉS.– ¿Y ese es motivo suficiente para procesarme?

AMIGO.– Hay más. Has pintado soldados alemanes, de religión protestante.

VERONÉS.– Su uniforme es hermoso. Además, si hubiera pintado el uniforme de nuestros soldados, se me acusaría, porque días después esos mismos hombres crucificaron a Cristo.

AMIGO.– ¿Y todos esos trajes elegantes y ese lujo?

VERONÉS.– Vivimos en una ciudad que adora la ostentación, y a mí me gusta reflejarla en mis obras, eso me ha dado fama y hace que la gente disfrute con mis cuadros. ¿Por qué no servirme de ello para hacer más cercana la vida de Cristo?

AMIGO.– Y los enanos y los bufones, ¿cómo explicas eso? Y los personajes negros y turcos.

VERONÉS.– Ya te lo he dicho, es ambientación.

AMIGO.– Pero reconoce que no es una imagen que transmita fervor, ni austeridad, todo es demasiado... excesivo...

VERONÉS.– Mira a tu alrededor. Visita las iglesias o las mismas casas de los que quieren condenarme. ¿Dónde está la austeridad? Todo es lujo y ostentación.

AMIGO.– Te haré el favor de fingir que no he oído eso, por la amistad que nos une.

VERONÉS.– O nos unía.

AMIGO.– ¿Qué?

(Silencio.)

AMIGO.– En fin, te voy a ser sincero, casi todo en tu cuadro huele a sacrílego: la gente que limpia, los niños jugando, y ese enano bufón en primer plano.

VERONÉS.– Te preocupa mucho el bufón, ¿verdad? ¿Es que te ves reflejado?

AMIGO.– Cristo y un bufón no pueden estar tan cerca.

VERONÉS.– *(En voz baja.)* Lo están en muchos de vuestros recintos.

AMIGO.– ¿Qué?

VERONÉS.– ¿Qué decías?

AMIGO.– Decía que Cristo y un bufón no pueden estar juntos, podría interpretarse mal.

VERONÉS.– Tú eres el que interpretas mal.

AMIGO.– Te crees superior a nosotros, ¿verdad? Crees que tú eres más puro y más digno, y que nosotros somos los retorcidos, porque vemos lo que no hay, en tu devotísima obra. Está bien, santo patrón de los pintores libres, explícame algo. Si de verdad quieres mostrar a un Cristo honorable y que inspire piedad, porque en lugar de pintar el pan y el vino que prescriben las Sagradas Escrituras, lo pintas dispuesto a devorar una pierna de cordero.

VERONÉS.– ¿Es que a ti no te gusta el cordero?

AMIGO.– Sabes que soy un amante de la buena mesa, pero Cristo...

VERONÉS.– Cristo nunca comió cordero, ¿eso también está en las Sagradas Escrituras?

AMIGO.– No comió cordero en la santa cena, te lo aseguro.

VERONÉS.– Está bien, en mi cuadro hay un problema de menú, y, claro, por eso la inquisición deberá castigarme severamente.

AMIGO.– Es algo más que un problema de menú. Te lo expondré claramente: o cambias los aspectos considerados blasfemos de tu cuadro, o nos veremos obligados a procurar incondicionalmente la destrucción del lienzo.

VERONÉS.– ¿Ah sí? ¿Y cómo lo vais a destruir, rajándolo? No. Supongo que así no, porque alguien lo puede rehacer. Ya sé, lo quemaréis, os gusta quemar, creo. Eso estaría bien. En un auto de fe público, después de quemar a unas cuantas brujas y herejes, haréis, en la misma pira, arder mi cuadro; ¿le pondréis las ropas de condenado y lo ataréis? Ah, pero, por otro lado, puede resultar un poco grotesco para los devotos ver arder la figura de Cristo y de los apóstoles; deberíais quemar tan solo a los bufones, los perros, los moros y los negros del cuadro. O quemarlo en secreto.

Pero no, tal vez eso no sería suficiente, porque quién os asegura que yo no volvería a pintarlo; tengo los bocetos, no me costaría demasiado trabajo. Así que..., maldición, seguramente me vais a tener que quemar a mí con el cuadro.

AMIGO.– No nos retes.

VERONÉS.– Seríais capaces de hacerlo. Lo sé, habéis acabado con otros más importantes que yo. Pero no os resultaría cómodo, ¿verdad? No os gustará hacerlo.

AMIGO.– Yo he venido aquí como amigo, de verdad, créeme, no te conviene nada enfrentarte al Santo Oficio.

VERONÉS.– En cualquier caso, me podría librar, reivindicando ante el sagrado tribunal la licencia que se concede a los poetas y a los locos.

AMIGO.– No será suficiente, te lo aseguro.

VERONÉS.– No voy a destruir mi obra.

AMIGO.– Eres obstinado.

VERONÉS.– Sabes que no. Soy muy razonable. Siempre lo he sido.

AMIGO.– Pues tu *Última cena* no debe exhibirse en público.

VERONÉS.– Está bien.

AMIGO.– Lo admites.

VERONÉS.– Sí, ¿por qué no?

AMIGO.– Cambiarás tu obra.

VERONÉS.– Nunca. Ya te lo he dicho.

AMIGO.– La destruirás, pues.

VERONÉS.– Tampoco. Se quedará tal y como es para siempre. Pero no ofenderá a nadie. Créeme.

AMIGO.– ¿Cómo obrarás el milagro? ¿Piensas que por haber pintado tantas veces a Cristo y a sus santos, ellos te han contagiado la capacidad de hacer prodigios? ¿Cómo harás que se libre de las iras de la Inquisición tu *Santa cena*?

VERONÉS.– ¿Mi *Santa cena*? ¿De qué hablas?

AMIGO.– De este cuadro.

VERONÉS.– Este cuadro no es *La santa cena*.

AMIGO.– Pero aquí pone...

VERONÉS.– Es una errata. Cambiaré el título enseguida, esta es *La cena en casa de Leví*; ya sabes, aquella cena también está en la Biblia, ¿verdad? Y las Sagradas Escrituras no dicen nada de que Cristo aquel día no comiera cordero, ni hubiera bufones, perros o gatos...

TODA UNA VIDA

Antonia Bueno

Un hombre y una mujer, sentados cerca del proscenio, observan al público.

ÉL.– Mañana es mi cumpleaños. *(Mira al frente con tristeza.)*
ELLA.– Felicidades. ¿Cuántos cumples?
ÉL.– *(Tras un penoso silencio.)* Cincuenta.
ELLA.– *(Le observa con un sobresalto. Luego cambia, aparentando naturalidad.)* ¡Vaya, quién iba a decirlo!
ÉL.– *(No responde.)*
ELLA.– Ni una cana.
ÉL.– Me tiño.
ELLA.– Ni una arruga.
ÉL.– Las cremas hacen milagros.
ELLA.– Imaginaba que aún te quedaban unos cuantos para...
ÉL.– Pues ya ves. Todo llega.
ELLA.– *(Feliz.)* A mí aún me quedan diez.

(Los dos miran en silencio al frente.)

ÉL.– Diez años...
ELLA.– ¡Toda una vida!
ÉL.– *(Con sonrisa triste.)* Toda una vida.
ELLA.– Tengo tanto por hacer.
ÉL.– Mientras esperas tu hora.
ELLA.– Claro. ¿Qué otra cosa...? Todos tenemos nuestra hora.
ÉL.– Sí, todos tenemos nuestra hora.
ELLA.– Pero más vale no pensar en ello.

ÉL.– Y un día, de repente, esa hora llega.
ELLA.– Es algo que todos sabemos. Debemos estar preparados.
Él.– Nunca se está preparado para...
ELLA.– *(Cambiando nerviosa de tema.)* ¿Te has dado cuenta? Cada vez es más bonito el viaje.
ÉL.– Sí, la Empresa se supera.
ELLA.– Es el merecido premio a nuestra entrega.
ÉL.– A nuestra sumisión.
ELLA.– Tienes suerte. Acaban de remozar el balneario.
ÉL.– Biarritlitz...
ELLA.– Un nombre precioso.
ÉL.– Inquietante.
ELLA.– ¡Bobadas! Es superexótico.
ÉL.– Y super...tóxico.

(Guardan silencio.)

ELLA.– *(Declamando una propaganda.)* Biarritlitz: el balneario soñado, donde, tras una vida de trabajo, podrán gozar de un merecido descanso, disfrutando de toda clase de placeres en nuestras modernas instalaciones, que nunca desearán abandonar...
ÉL.– Que nunca podrán.

(Un nuevo silencio se introduce furtivo para instalarse entre ambos.)

ÉL.– ¿Has oído hablar de los Proscritos?
ELLA.– ¿Los... Viejos?
ÉL.– Sí.
ELLA.– ¿Esas hordas animalizadas... que merodean... ahí fuera? ¿Existen realmente?

ÉL.– No. Ahí fuera no hay ninguna horda.
ELLA.– Ya me parecía a mí. Otra leyenda urbana.
ÉL.– No son hordas. Son hombres y mujeres que se niegan a entregarse.
ELLA.– ¿Hombres y mujeres... de pelo blanco y piel arrugada?
ÉL.– Algunos se apoyan en bastones para caminar.
ELLA.– ¡Qué horror!
ÉL.– Pero otros siguen fuertes como tú y yo. Y ayudan al resto.
ELLA.– *(Guarda un silencio incrédulo.)*
ÉL.– He pensado unirme a ellos.
ELLA.– ¿Tú? Pero... te cazarán como a una fiera.
ÉL.– Prefiero morir atacando a mis Cazadores.
ELLA.– No podemos...
ÉL.– ¿Por qué no?
ELLA.– Nosotros... somos los Guardianes.
ÉL.– ¿De qué? ¿De la Gran Mentira?

(El silencio se condensa para escuchar la revelación.)

ÉL.– Hubo un tiempo en que no había Cazadores.
ELLA.– ¿Tú crees?

(Él asiente, mirándola a los ojos.)

ELLA.– No, no puede ser. Esto siempre fue así. ¿Cómo podría ser de otra forma?
ÉL.– El padre de mi padre no era Cazador.
ELLA.– ¿Conociste al padre de tu padre?
ÉL.– No.
ELLA.– Entonces, ¿cómo sabes que es cierto?
ÉL.– Me lo contó mi padre.
ELLA.– ¡Bah! A mí también me contó mi padre muchos cuentos: cuando las manzanas crecían en los árboles y las lechu-

gas brotaban del suelo, en diciembre caía agua blanca del cielo, los pájaros volaban... Cuentos.

ÉL.– ¡Yo no quiero morir!

ELLA.– *(Vuelve a su letanía.)* El Balneario tiene toda clase de instalaciones...

ÉL.– *(Cortándola.)* Pero ¿cómo es posible que no quieras darte por enterada? Sabes perfectamente lo que les ocurre a los que cumplen cincuenta.

ELLA.– Que viajan a Biarritlitz.

ÉL.– ¿Y allí?

ELLA.– Se les recibe con una gran fiesta.

(Señala al público. Se encienden las luces de la sala. Se oyen turutas, petardos, música.)

ÉL.– Sí. Y cuando llega el baile...

ELLA.– Hay músicas preciosas: valses, tangos...

ÉL.– *(Cantando irónico.)* Tan, taran, tan... El aire se vuelve dulce...

ELLA.– Bailan entrelazados...

ÉL.– Cada vez más dulce...

ELLA.– Ríen...

ÉL.– Empalagoso...

ELLA.– Mira sus caras...

ÉL.– Insoportable...

ELLA.– Se dejan mecer por la melodía...

ÉL.– Y van cayendo...

ELLA.– Con la sonrisa en los labios...

ÉL.– La Empresa se ha librado de una nueva remesa de cincuentones...

ELLA.– Es la ley natural.

ÉL.– El reglamento empresarial.

ELLA.– Y la vida sigue.

ÉL.– Aquí, en este lado del cristal. *(Se acerca al proscenio.)* Míralos. La próxima vez yo tendré que estar allí. Y tú me mirarás desde aquí. Tal vez me digas adiós. Luego correrás la cortina y seguirás tu vida... como si nada hubiese ocurrido.

ELLA.– Yo...

ÉL.– Cada uno de estos pobres diablos que ahora bailan embobados tiene otro medio siglo de posibilidad. ¿Quiénes somos nosotros para cercenárselo como carniceros?

ELLA.– Pero... ¿qué haría con ellos la Empresa?

ÉL.– *(Se ríe irónico.)* Sí, claro, serían demasiadas bocas que alimentar. Resultan más prácticos como abono...

ELLA.– *(Confusa.)* O bolsos de marca... O fundas de iPad...

(Esta vez el silencio contiene su rabia para no estallar en sollozos.)

ÉL.– Cuando contemples por este cristal la nueva remesa de borregos cincuentones, yo no estaré.

ELLA.– Y... ¿cómo lo harás?

ÉL.– No lo sé.

ELLA.– ¿Puedo... ayudarte?

ÉL.– Sí. Olvidando esta conversación. Esto nunca ha ocurrido. ¿Entiendes? Si alguien te pregunta, tú no sabes nada.

ELLA.– Pero Ellos sabrán que sé... Ellos controlan a los controladores.

ÉL.– Siempre hay resquicios, ángulos muertos en las cámaras, códigos fáciles de desencriptar.

ELLA.– ¿Volveremos a vernos?

ÉL.– Si me necesitas dentro de diez años..., silba.

ELLA.– No sé silbar.

ÉL.– Tienes diez años para aprender.

ELLA.– Toda una vida.

ÉL.– O una porción de tu vida.
ELLA.– Aprenderé. No debe ser tan difícil...
ÉL.– Solo cuestión de intentarlo.
ELLA.– Quizá no vaya sola. Puedo enseñar a silbar a otros.

(La luz del escenario se apaga y continúa encendida la sala, mientras se escucha el silbido de ELLA*, al que tal vez se suma el de los espectadores que han decidido unirse a los Proscritos.)*

PAREJA CON TENEDOR

Jesús Campos

Cena íntima en un apartamento informal.

ÉL.– Perdona, cariño. ¿Te importa si te hinco el tenedor?
ELLA.– ¿Cómo dices?
ÉL.– El tenedor.
ELLA.– Lo he oído perfectamente.
ÉL.– No. Creía... Pensé... Como preguntabas...
ELLA.– ¿Pero tú estás loco...?
ÉL.– ¿Yo?
ELLA.– ¿Pero se puede saber a qué viene esa majadería?
ÉL.– Me apetece. Puede resultar extraño, lo sé; pero es lo que me apetece.
ELLA.– No lo puedo creer. Pero... ¿pero cómo puedes siquiera imaginar un disparate así?
ÉL.– Me apetece. ¿Qué quieres? Y no sé a qué viene tanto aspaviento.
ELLA.– ¡Intolerable! Esto es intolerable. Y ni como broma estoy dispuesta a consentirte una cosa así.
ÉL.– Oye, oye, que no es ninguna broma. Te lo estoy pidiendo en serio.
ELLA.– Pero, tío, ¿qué pasa? ¿Es que eres un sádico?
ÉL.– Sin insultar, ¿eh? Que yo a ti no te he insultado. *(Empuña el tenedor.)* Mira, con educación se puede pedir cualquier cosa. *(Lo alza.)*
ELLA.– ¡Suelta eso ahora mismo!
ÉL.– *(Alzando el tenedor.)* Solo una vez, ¿vale?
ELLA.– ¡Que lo sueltes, te he dicho!
ÉL.– Tampoco es para que te pongas así.

ELLA.– ¡Suéltalo o llamo a la policía!

ÉL.– *(Deja el tenedor.)* Pero ¿quieres dejar de gritar?

ELLA.– ¡Grito lo que me da la gana!

ÉL.– Qué modales. Señor, qué modales. ¡Una histérica!, eso es lo que eres.

ELLA.– ¡Hincarme el tenedor!

ÉL.– Sí, un capricho. ¿Qué pasa? A ver si es que no va a poder uno tener un capricho.

ELLA.– ¿Un capricho? Mira, ya está bien. Fuera de esta casa.

ÉL.– Pero si no te lo he hincado; si solo te lo he pedido.

ELLA.– Pero ¿tú te crees que se puede pedir una cosa así?

ÉL.– Pues no sé por qué no. Además, tú dijiste que harías cualquier cosa por mí.

ELLA.– ¡Santo cielo! Y lo dije, supongo que lo dije; son cosas que se dicen. Pero eso no te da derecho a hincarme la cubertería.

ÉL.– ¡Ah! Luego admites que estás incumpliendo tu palabra.

ELLA.– ¿Mi palabra? ¿Qué palabra?

ÉL.– Pero si lo acabas de admitir. No me vengas con evasivas, que sabes muy bien a lo que me refiero.

ELLA.– No hay quien te entienda.

ÉL.– Dijiste que estabas dispuesta a sacrificarte por mí. Lo dijiste, ¿no? Y a la más mínima contrariedad, solo porque la cosa no es de tu agrado...

ELLA.– Tío, que te vea un médico. Necesitas que te vea un médico.

ÉL.– Ahora, fíjate lo que te digo: me alegro de haber provocado esta situación. Mejor ahora que no después de formar una familia.

ELLA.– Sí, has tenido suerte de darte cuenta a tiempo.

ÉL.– *(Desde la puerta.)* Sois todas iguales. Mucho hablar, mucho hablar, y luego, a la hora de la verdad, nada.

(Mutis de ÉL *y gesto de perplejidad de* ELLA. *Oscuro.)*

DEUDA
Minipieza teatral para un actor y una actriz

Pedro Catalán

"En vieillissant on devient plus fou et plus sage".
("Al envejecer, nos hacemos más locos y más cuerdos".)
FRANÇOIS DE LA ROCHEFOUCAULD. MAXINES.

Personajes (rondan los setenta años) : JULIA
RAFAEL

Portal de una casa antigua. Ascensor nuevo y recién instalado. RAFAEL, *de unos setenta años, apoyado en un bastón y con una bolsa de plástico de la compra, se dispone a subir las escaleras, se cerciora de que no le ve nadie, retrocede y abre la puerta del ascensor para entrar. Aparece en la escalera* JULIA, *la presidenta de la comunidad, y le increpa al tiempo que agita un papel en su mano.*

JULIA.– ¡Vaya unas horas de venir!

RAFAEL.– No tengo que rendir cuentas a nadie y menos a usted...

JULIA.– Ya estamos otra vez con el «usted»... Bonita contestación...

RAFAEL.– La que se merece...

JULIA.– Si fuera por méritos, no te tendría ni que dirigir la palabra...

RAFAEL.– Ni maldita la falta que me hace...

JULIA.– Desde luego la lengua la conservas de primera...

RAFAEL.– Y hasta que se me seque... *(Hace intención de entrar en el ascensor.* JULIA *le pone delante el papel.)*

JULIA.– ¿Sabes lo que es esto?

RAFAEL.– Me lo ha enseñado mil veces..., me duelen los ojos de verlo.

JULIA.– Y a mí, la lengua de decírtelo.

RAFAEL.– ¡Enciérrese en su jaula!

JULIA.– Las jaulas son para los pájaros...

RAFAEL.– ¡Pues déjeme en paz!

JULIA.– Cuando pagues..., como pagamos los demás... Para eso hacemos las reuniones..., y si todos decidimos instalar el ascensor..., entre todos tenemos que costearlo..., y el que no..., ¡andando! Que hay que estar a las duras y a las maduras...

RAFAEL.– Tengo las rodillas hinchadas... ¿Es que no lo ve?

JULIA.– Pues no las tienes para salir a la taberna y adonde te da la gana...

RAFAEL.– El médico me ha prohibido subir escaleras...

JULIA.– Y a mí el administrador que te deje montar...

RAFAEL.– ¿Y cómo me lo va a impedir?

JULIA.– ¿Todavía no me conoces?

RAFAEL.– *(Cambia bruscamente el trato y la tutea.)* Sí..., sí te conozco..., ya lo creo..., eres capaz de cualquier cosa...

JULIA.– ¿Entonces...?

RAFAEL.– ¡Qué mala sangre tienes! *(Se quita un anillo con dificultad y se lo arroja al suelo con rabia.)* ¡Dame el recibo...! *(La mujer queda sorprendida y muda por el gesto.)* ¡Dame el recibo te digo y acabemos de una vez...!

JULIA.– *(Se agacha lentamente y recoge el anillo del suelo.)* Su anillo no..., guárdatelo...

RAFAEL.– Qué más te da..., ni a ella ni a mí nos hace falta ya... Cógelo..., te da de sobra para la deuda...

JULIA.– *(Pausa tensa. Mirándole a los ojos. Le toma la mano y le deposita el anillo, aunque el anciano se resiste.)* Has sido un cabezota toda tu vida... Un testarudo...

RAFAEL.– ¿Crees que me llega con lo que me ha quedado?

JULIA.– Si no hubieras sido un cabeza loca..., ahora no te verías así...

RAFAEL.– Ya estás otra vez con lo mismo... Déjame..., tengo prisa...

JULIA.– ¡Pues claro que estoy otra vez con lo mismo! *(Arruga el recibo y se lo guarda.)* ¡Mira qué abrigo llevas..., si pareces un pordiosero..., cuando podrías ir como una alhaja... si hubieras querido... *(Le estira las arrugas del abrigo y le compone la bufanda.)*

RAFAEL.– *(Le retira la mano.)* ¡Déjame en paz! *(Deja el ascensor y hace ademán de dirigirse a las escaleras.)* ¡Suéltame! ¡Ya no quiero subir! ¡Me voy a quedar sentado en las escaleras hasta que me muera! *(Tose.)*

JULIA.– ¡Siempre con ese genio..., ese genio..., que no hay quien te soporte! *(Le agarra del brazo para llevarle al ascensor.)* Si de verdad quieres que te deje en paz, dímelo..., pero mírame a los ojos... *(El anciano no se atreve, pero sobreponiéndose a su orgullo, levanta lentamente la cabeza hasta encontrarse con los ojos de ella. La mujer le pasa una mano por la mejilla. Pausa.)* ¿Por qué te pones así conmigo? ¿Por qué me hablas así? Tú siempre me has querido a mí, ¿verdad? *(El anciano, tras unos segundos, con mucho esfuerzo, mueve afirmativamente la cabeza.)* ¿Por qué no me lo has dicho nunca?

RAFAEL.– *(Con voz queda.)* No la podía dejar..., tenía que cuidarla...

JULIA.– Pero ella ya no está..., y yo no te he dejado...

RAFAEL.– ¿Es que no te das cuenta? Ya no soy más que un viejo...

JULIA.– Yo te veo como siempre...

RAFAEL.– Estás mal de la cabeza...

JULIA.– Sí, sí que lo estoy... No puedo verte cada día con esas trazas subir y bajar las escaleras..., con esa bolsa, siempre la

misma bolsa de plástico, con un olor... que a saber qué llevarás en ella...

RAFAEL.– ¡Qué voy a llevar! La fruta picada que no quiere nadie..., la verdura..., lo que me dan...

JULIA.– Qué necesidad tendrías de pasar por eso si me lo hubieras dicho..., pero ese orgullo..., ese orgullo que te pierde... Serías capaz de morirte de hambre antes que pedir algo... *(Con firmeza.)* Escúchame, porque no lo voy repetir... Jamás he querido a nadie como a ti... Sabes de sobra lo que he pasado todos estos años, cruzándonos en la escalera... Ya está bien de hacer tonterías a nuestra edad... Mírame y dímelo, aunque solo sea una vez... *(Le gira suavemente el rostro hacia ella.)*

RAFAEL.– *(Malhumorado.)* ¿Qué quieres que te diga?

JULIA.– ¡Qué va a ser! Lo que no me has dicho nunca, Rafael...

RAFAEL.– *(Tras una pausa, le cuesta pronunciar las palabras.)* Ya no sé decir nada, Julia...

JULIA.– ¡Qué duro tienes el corazón! Solo te pido una palabra...

RAFAEL.– *(Nervioso.)* ¡Me estás hartando!

JULIA.– *(Levanta la voz.)* Eso es..., aunque sea..., grítamelo...

RAFAEL.– *(Casi en un grito ahogado, temblando.)* ¡Maldita sea mi sangre, Julia..., perdí la cabeza por ti desde el primer día! ¡No me hagas hablar más! *(Baja la voz.)* ¡No me hagas hablar más!

JULIA.– *(Le pone un dedo en los labios.)* No..., no me lo repitas... Ahora me quedo más tranquila, ahora ya sé lo que antes solo me imaginaba... *(Le besa en los labios, le contempla unos segundos.)* Gracias...

RAFAEL.– *(Temblándole los labios, desviando la mirada.)* Déjame... Ya es demasiado tarde...

JULIA.– ¡Ay, Dios, qué difícil eres! *(Hace ademán de marcharse.)*

RAFAEL.– *(Contrariado.)* ¿Te vas?

JULIA.– Sí..., eso es lo que has dicho, que te deje... ¿No quieres que me vaya?

RAFAEL.– ¿Y el recibo?

JULIA.– ¿Qué recibo?

RAFAEL.– ¡Cuál va ser, coño!

JULIA.– Ya está pagado...

RAFAEL.– Entonces...

JULIA.– Entonces... ¿qué?

RAFAEL.– ¿Te marchas...?

JULIA.– Si no me dices nada más...

RAFAEL.– *(Duda unos segundos.)* Tengo fruta para los dos...

JULIA.– *(Se vuelve de nuevo hacia él con una sonrisa y lo lleva hacia el ascensor.)* ¡Cuánto te ha costado! ¡Entra, entra..., viejo testarudo!, que no te mereces que te haga ni caso... *(Le intenta coger la bolsa.)*

RAFAEL.– Deja..., ya puedo yo... *(Tose.)*

JULIA.– ¡Pero si no puedes ni con tu alma! ¡Y esa tos! Entra de una vez..., que ya no vas a comer solo... Si hubieras querido hace unos años... ¡Cuánto tiempo perdido! *(Le empuja suavemente y suben los dos en el ascensor.)*

(Lentamente se hace el oscuro.)

LA ÚLTIMA CITA

Alberto de Casso

Habitación sórdida de un hotel en Accra, Ghana. Iluminación mortecina en la estancia. Está anocheciendo. Dos camas estrechas con mosquiteras enrolladas colgando. Sobre uno de los catres hay ropa revuelta y desordenada. Se oye el zumbido de un mosquito que la HERMANA 1 *trata de localizar, alertada. Mira el reloj en su móvil y luego llama. El sonido del móvil suena entre las ropas revueltas. Le sobresalta. Lo coge y lo desconecta. Se oyen unos golpes impacientes en la puerta. Se acuclilla en la cama abrazando sus rodillas.*

HERMANA 1.– *(Con voz temerosa.)* ¿Sí? ¿Quién es? *(Se abre la puerta y entra su hermana. Viene algo bebida, pero trata de disimularlo.)* ¿Por qué has tardado tanto?

HERMANA 2.– *(Exaltada.)* ¿Has visto mi cámara de fotos?

HERMANA 1.– Te dejaste el móvil. Ahí, entre tus ropas esas tiradas en la cama. *(Busca la cámara de fotos entre las ropas desperdigadas por la cama.)* ¿Para qué quieres la cámara de fotos ahora? ¿Dónde has estado todo este tiempo, Carola?

HERMANA 2.– ¿Me ayudas a buscar mi cámara…, por favor? *(Revuelve sus vestidos.)* Maldito caos de ropas y de bragas.

HERMANA 1.– ¿Es que no piensas hacer la maleta?

HERMANA 2.– Oye, ¿me ayudas o no? ¡Pero no me eches la charla!

HERMANA 1.– ¿Dónde has... estado estas tres horas?

HERMANA 2.– He estado en la terraza. En la terraza del hotel.

HERMANA 1.– Subí a la terraza como cuatro o cinco veces y no estabas.

HERMANA 2.– ¿Me ayudas a buscar la cámara? Por favor, ayúdame, venga. Por favor.

HERMANA 1.– ¿No vas a hacer la maleta? Mañana salimos muy temprano para el aeropuerto.

HERMANA 2.– Luego la hago.

HERMANA 1.– ¿Cuándo es luego?

HERMANA 2.– *(Dura.)* Luego es luego. *(La* HERMANA 2 *empieza a probarse blusas mientras sonríe mirando el gesto serio y reprobatorio de su hermana.)*

HERMANA 1.– Carola.

HERMANA 2.– Me llamo.

HERMANA 1.– ¿A qué juegas?

HERMANA 2.– Yo a nada. ¿Y tú? ¿A qué juegas tú?

HERMANA 1.– ¿Para qué te estás cambiando de ropa? Tendríamos que acostarnos ya. ¿Es que tienes algún plan imprevisto para esta noche?

HERMANA 2.– *(Ríe imitándola vagamente.)* ¿Un plan «imprevisto»? Pues pudiera ser. Mira. Un plan imprevis... *(Riéndose.)* ...sible.

HERMANA 1.– Tenemos que estar en el aeropuerto a las seis de la mañana. *(Pausa.)* ¿Y no vas a contar conmigo?

HERMANA 2.– ¿Es que se puede contar contigo para algo? Si tú nunca te atreves a ir a ningún lado. Pues te vendría bien, mira, para completar tu maldita guía turística. En vez de copiarlo todo, absolutamente todo de esos libros, podrías escribir algo verdadero..., que hubieran visto tus ojos. Algo que te hubiera gustado, que hubieras vivido, tocado y estrujado por ti misma. *(Pausa.)* Soy yo la que siempre pruebo los platos locales, mientras tú te comes una pizza, porque como la marquesa, experta en guías del África negra, está delicada del estómago, no puede probar nada picante o nada diferente.

HERMANA 1.– Yo no te obligo a que pruebes nada extraño.

HERMANA 2.– ¿Y entonces cómo mierda vas a describir la comida de este país si no pruebas nada de nada, o cómo vas a describir las discotecas si no vas a ninguna?

HERMANA 1.– Sabes que no me gustan. Solo hay putas baratas y los hombres van a lo que van. ¿Y dónde piensas salir con esa blusa tan escotada?

(Se oye música de reggae. La HERMANA 2 *la escucha embelesada.)*

HERMANA 2.– ¿No lo oyes? *(*CAROLA *baila cada vez más animada mientras se prueba blusas y faldas.)* Es en la playa.

HERMANA 1.– ¿Cómo...? ¿Vas a irte sola a la playa de noche?

HERMANA 2.– Hay un festival de...

HERMANA 1.– *High-life*.

HERMANA 2.– Eso. *High life*. ¡¡¡Yuuuhhh!!!! La teoría te la sabes toda. *(Eufórica.)* ¡¡¡¡¡Wuuuuu ...!!!! Es alucinante. ¿Y a ti te gusta?

HERMANA 1.– No está mal. Tampoco es para tirar cohetes.

HERMANA 2.– Es simplemente increíble. Es una música triste y alegre al mismo tiempo. Lo mismo vale para una boda que para un funeral.

HERMANA 1.– Si tú lo dices.

HERMANA 2.– ¿Hay algo que te guste de este país? ¿Una calle, una tienda, un restaurante, una playa, un mercado, un hotel, un hombre negro o una mujer negra? Te va a salir una guía de lo más absurda, triste y aburrida. Cualquier turista que la lea va a preferir quedarse en casa.

HERMANA 1.– Luego la revisaré contigo. Aunque hay una cosa que se llama objetividad que no tiene que ver con los gustos personales.

HERMANA 2.– ¿Y cómo se puede ser objetiva cuando a una le asusta todo, hasta el vuelo de un mosquito, una niña que te

vende agua en un cruce o un hombre negro que te mira a los ojos un segundo? Ayer te hiciste la dormida dos horas en el autobús para no tener que hablar con ellos. *(La* HERMANA 2 *remeda un baile africano con el desenfado alocado de una mujer blanca.)*

HERMANA 1.– Tenía sueño. Simplemente. ¿Vas a irte sola a la playa esta noche de fiesta?

HERMANA 2.– ¿Es que tú te vas a dignar a acompañarme?

HERMANA 1.– Es que no es un lugar seguro para ir de noche. Lo dice esta guía y esta otra.

HERMANA 2.– *(Se ríe.)* ¿Lo dice esa guía? No te preocupes por mí. Voy a ir acompañada.

HERMANA 1.– ¿Así que has hecho amigos esta tarde? Qué bien. ¿Con los turistas alemanes?

HERMANA 2.– No, ellos no se quedaron al final. Somos las únicas huéspedes blancas que hay aquí alojadas. Me voy con el camarero.

HERMANA 1.– ¿Te vas a ir sola a la playa con un camarero que acabas de conocer?

HERMANA 2.– *(Maquillándose.)* Bueno..., no es uno. Son dos. También se apunta su hermano gemelo. Así que todavía estás a tiempo de unirte a la fiesta.

HERMANA 1.– ¿A qué juegas, Carola?

HERMANA 2.– Juego a aprovechar bien la última noche. A eso juego.

HERMANA 1.– ¿Y por qué no te quedas en la terraza? ¿Vas a ir con esa minifalda a la playa? Me gustaría leerte lo último que he escrito para la guía turística.

HERMANA 2.– Me lo lees mañana en el avión, cariño. ¿Te vistes o no?

HERMANA 1.– Me gustaría leértelo ahora.

HERMANA 2.– No, mañana. Lo revisamos juntas. Y le sacamos algo de juguito a tu guía.

HERMANA 1.– ¿Después de tu última noche de juerga? ¿De tu última cita?

HERMANA 2.– Después de nuestra última noche. Vamos..., ¿te vistes o no?

HERMANA 1.– ¿De verdad quieres que vaya contigo?

(Se van los plomos. Se oye el zumbido de un mosquito. La HERMANA 1 *se acuclilla en la cama y respira nerviosa y agitada.)*

HERMANA 2.– Vaya mierda de hotel. ¿Qué pasa, Laura? ¿Te has muerto?

HERMANA 1.– *(Con voz temblorosa.)* ¿Puedes venir a mi cama, por favor?

HERMANA 2.– ¿Qué pasa? ¿Por qué tiemblas?

HERMANA 1.– ¿En serio que te vas a ir a la playa sola con esos dos hermanos gemelos?

HERMANA 2.– No. Me voy a quedar aquí meditando sobre el fin del mundo con el apagón. *(Se oyen golpes recios en la puerta y una voz ronca y luego unas risotadas crecientes de hombre. La* HERMANA 1 *se deshace en temblores.)* Es mi amigo y su hermano gemelo. No tiembles más, por favor.

HERMANA 1.– ¿Tu amigo? ¿El camarero y su hermano gemelo? ¿Cómo se llama?

HERMANA 2.– Sí, mi amigo, el camarero. *(Pausa.)* ¿Te vistes o te quedas?

HERMANA 1.– Que lo pases bien, Carola, en tu última noche. *(Pausa. Se queja.)* Mierda.

HERMANA 2.– ¿Qué pasa?

HERMANA 1.– Me ha picado un mosquito. *(Aterrada.)* Y algo se remueve en la cama.

HERMANA 2.– A mí también me acaba de picar. No hay nada en la cama. Es mi pie. *(Se oyen golpes secos en la puerta.)*

HERMANA 1.– *(Tiembla.)* Tus amigos se impacientan, por lo visto. Adiós, Carola.

HERMANA 2.– Adiós, Laura. Lo siento. *(La* HERMANA 2 *se dirige hacia la puerta.)* ¿Seguro que no quieres venirte?

HERMANA 1.– Seguro. Estoy bien aquí. Aprovecharé para trabajar si viene la luz... *(*CAROLA *se acerca a la puerta. Luego vuelve y besa a su hermana en el pelo.)* Hueles a cerveza. No bebas mucho, vale. ¿Quieres que te haga la maleta?

HERMANA 2.– Sí, hermanita. Me portaré bien..., no beberé mucho ni fumaré mucho ni haré cositas feas de las que podáis avergonzaros tú y papá y mamá en nueve meses. Si al final te arrepientes, estamos en la playa. En esa guía viene cómo se llega.

HERMANA 1.– ¿Me ayudarás mañana a revisar mi guía, Carola?

HERMANA 2.– Mañana la revisaremos, Laura. Mañana será otro día.

HERMANA 1.– Sí, claro, claro, mañana será otro día. Mañana volvemos a España.

*(*CAROLA *sale. La hermana la llama acuciante. Viene la luz. Coge el móvil y la llama. El sonido del móvil de su hermana suena entre las ropas revueltas. Mira al vacío buscando al mosquito con la fría determinación de acabar con él. Luego saca la cámara de fotos de las ropas revueltas y se hace una foto a sí misma atosigada por la angustia. La música de* high life *crece desde la playa tapando el zumbido del mosquito sin acallar el miedo oscuro y los negros presentimientos que cocean, muy dentro, en el pecho de* LAURA.*)*

SUEÑOS ADOLESCENTES (I)

Maxi de Diego

Un lugar indeterminado. Diversos objetos sin conexión lógica alguna. Sin duda se trata de una creación espacial de carácter onírico.

JOVEN 1.– *(Al público.)* Os advierto: estoy soñando. No creáis nada de lo que os diga. No es real. Nunca sucedió.

JOVEN 2.– *(Al público también.)* Tampoco penséis que lo que veis existe. Las imágenes, los objetos, el lugar donde esto transcurre forman parte del sueño.

JOVEN 1.– No temáis. Vosotros y vosotras sí sois reales.

JOVEN 2.– Tal vez. No debierais creer lo que os dice un vulgar personaje de un sueño.

(Transición rápida a luz de ensoñación. Tal vez acompañada de una ráfaga musical introductoria del mismo tipo.)

JOVEN 1.– ¿Por qué no la dejas en paz?

JOVEN 2.– Déjame tú en paz a mí.

JOVEN 1.– Ella es mi amiga.

JOVEN 2.– Pues vete con ella al fin del mundo.

JOVEN 1.– Ya estuve con ella en el fin del mundo y volvimos para verte. Y desde entonces habitamos en el infierno.

JOVEN 2.– *(Fuera de sí.)* ¿Infierno? ¿Quieres saber lo que es el infierno? Tú no puedes ni imaginar qué es vivir en el infierno. Ni ella. Mejor que no te acerques a mí, podrías comprobarlo. Ella sí va a saberlo.

JOVEN 1.– Estás enfermo. Déjala. No quiere verte.

(Transición rápida a luz de realidad.)

JOVEN 2.– No, no os asustéis. Es un sueño, lo que estáis viendo es un sueño que alguien soñó.
JOVEN 1.– Esto no puede ocurrir en vuestra realidad, ¿verdad?
JOVEN 2.– Nadie a vuestro alrededor habla de infiernos, de vidas miserables...
JOVEN 1.– De obligaciones...
JOVEN 2.– De violaciones...
JOVEN 1.– A vuestro alrededor nadie obliga a nadie a salir con quien no quiere.

(Luz de ensoñación.)

JOVEN 1.– Será mejor que no le veas.
ELLA.– Ya lo sé, está loco.
JOVEN 1.– Dice que está loco por ti.
ELLA.– Tengo miedo.
JOVEN 1.– Deberías denunciarle. Hay un teléfono...
ELLA.– No sé, tengo miedo.
JOVEN 1.– ¿Y qué vas a hacer si no? Es muy violento. A mí también me asusta.
ELLA.– Mira, ¿no es ese que se ha bajado del autobús?
JOVEN 1.– Corre, vámonos.

(Los dos salen, corriendo, del escenario. Entra el JOVEN 2.*)*

JOVEN 2.– ¿Por qué huyes de mí? Lo sabes, eres...

(Cambio de luz.)

JOVEN 1.– Tranquilas, como dijimos..., es un sueño que alguien soñó.
ELLA.– ¿Cómo podría esto pasarme si no fuera un sueño?

(Transición menos evidente a luz de ensoñación.)

ELLA.– Déjame salir.
JOVEN 2.– No.
ELLA.– ¿Qué vas a hacerme?
JOVEN 2.– Besarte.
ELLA.– No quiero besarte. Ya no me gustas. Ahora me das asco.

(El JOVEN, *con violencia, amaga un puñetazo que retiene muy cerca de* ELLA. *Esta se acurruca a sus pies, protegiéndose la cabeza con sus brazos.* ÉL *se arrodilla junto a* ELLA *y le pasa el brazo por encima de su hombro.)*

JOVEN 2.– Ya lo sabes, eres... mía.

(Sin transición. Misma luz de ensoñación. Mientras el JOVEN 1 *habla, los otros dos personajes mantendrán el gesto.)*

JOVEN 1.– Lo siento, lo sentimos, no queríamos asustaros. Ni preocuparos. Repudiamos esta violencia... Pero, a veces, los sueños crean imágenes imposibles, desagradables, aberrantes, incomprensibles. Pero no debéis asustaros, los sueños no son reales. Lo sabéis, ¿verdad? No, no me contestéis. Permaneced quietos, muy quietos, en silencio, así hasta que la luz se vaya apagando y podáis, tal vez, soñar una historia más bella... y... ¿más real?

(Oscuro muy lento.)

LIBERACIÓN

Javier de Dios

Noche. Dos jóvenes sentados en un banco. SARA *le sostiene la frente a* DAVID *con una mano. El otro brazo lo ha pasado por detrás y sujeta al muchacho por el hombro para que no se desequilibre.* DAVID *respira con dificultad. Jadea. Le sobreviene una náusea.*

SARA.– Ya está, tranquilo, no pasa nada...

(Falsa alarma: DAVID *se rehace tras el esfuerzo. El malestar continúa.)*

SARA.– Es mejor echarlo fuera.
DAVID.– Como si resultara tan fácil...
SARA.– Yo no he dicho que resulte fácil. Solo que es mejor.
DAVID.– No puedo.
SARA.– Sí puedes. ¿Se te ha olvidado ya la borrachera que te pillaste el día de mi cumpleaños? Acuérdate de lo mal que estabas. Si no llegas a deshacerte de todo lo que te daba vueltas y más vueltas por ahí dentro, habrías pasado la noche ingresado en el hospital, ¿o no?

(Nueva náusea de DAVID*, seca y vacía. El chico intenta respirar profundamente.* SARA *le ayuda a incorporarse y a apoyar la espalda en el banco. Pausa.* SARA *le observa con ternura. Parece que va a decirle algo, pero de pronto se arrepiente... Ve cómo* DAVID *pierde la mirada en algún lugar del suelo, ausente y decaído..., como un animal abandonado.)*

DAVID.– El amor...

(Y DAVID *sonríe. ¿Sonríe a la nada?* SARA *se decide a hablar.)*

SARA.– Vamos al hospital, anda. Ya sé que esta vez es distinto a otras, pero no podemos quedarnos más tiempo aquí; quizá en Urgencias haya algún especialista que...

DAVID.– No.

SARA.– Pero ¿por qué?

DAVID.– Porque te digo que no.

SARA.– ¿Te parece el mejor momento para hacerse el machito?

DAVID.– ¡No puedo!

SARA.– ¿No puedes qué? ¿Dejar que te ayuden? ¿Es eso? ¡Por favor, David, no seas tan cabezota! Cogemos un taxi, venga, yo llevo dinero, a estas horas no creo que tardemos más de diez minutos en llegar...

*(*SARA *se ha levantado y tira de un brazo de* DAVID *para obligarle a ponerse de pie.)*

DAVID.– Déjame...

SARA.– No, no te dejo. Vamos, arriba, levanta, colabora un poco... ¡Vamos ya, antes de que sea tarde! *(El joven se deshace de la presión de* SARA *con un tirón brusco. La inercia de su propia fuerza y su falta de equilibrio lo arrojan contra el respaldo del banco. El cuerpo de* DAVID *se desmadeja. Amago de náusea.)* ¡Muy bien! ¡Me parece genial! Quieres quedarte con eso ahí metido para el resto de tu vida, ¿no? ¿Que se te quede ahí dentro para siempre, que esa mierda se convierta en parte de ti?

DAVID.– Yo no tengo la culpa de nada.

SARA.– No, claro, tú no eres más que una víctima, la pobrecita víctima, el que se va a quedar ahí sentando lamentándose el

resto de su puta vida de lo desgraciado que es, mientras el resto del mundo avanza; ¿ahí te quieres quedar, eh? Pues, adelante, ahógate en tu propia lástima y muérete de frío en este banco si es tu gusto, pero para eso no cuentes conmigo, ¿me oyes?, *(Le grita.)* ¡no cuentes conmigo!

(A DAVID *le sobreviene de golpe otra náusea, esta incontenible y mucho más intensa que las anteriores. El impulso que nace del estómago le hace caer al suelo. Las palabras salen a borbotones, se empujan por alcanzar la boca y se derraman por el aire con la urgencia de la sangre cuando mana de una herida.)*

DAVID.– ¡Joder papá no no me lo creo papá ni que sea por nuestro bien ni que hayáis llegado a un acuerdo ni que sea natural que se acaben el amor el matrimonio me cago en la puta papá cómo me mientes así cómo confiar en ti cómo olvidar a mamá no verla tumbada y enganchada a sus pastillas y vuestros golpes en las puertas por no dároslos en la cara en la boca tus ausencias joder mis mis mis mis preguntas joder tus amantes papá tus amantes hostias y mamá poniéndote verde y tú faltándola siempre al respeto siempre siempre y ella sin querer vivir es que no lo ves papá coño papá no lo ves qué mierda de amor es ese qué mierda que me habéis jodido la vida después de dármelo todo y ahora me pides que finja que somos civilizados que aún somos una familia y todo para que vosotros os sintáis menos culpables me cago en la puta todo para que podáis dormir más tranquilos después de haberos cargado mi familia y nuestra vida mi familia y nuestra vida sí joder papá sí quién soy yo alguna vez te he importado es que yo te importo es que yo te he importado alguna vez eh te importo te importo te importo...!

*(*DAVID *respira a bocanadas, exhausto, como si fuera un náufrago que consigue sacar la cabeza a la superficie del agua. Quiere todo el aire. Silencio.* SARA *le observa. La respiración de* DAVID *se va normalizando. El joven se levanta lentamente del suelo y vuelve a sentarse en el banco.* SARA *atrae a* DAVID *a su regazo. Lo recuesta sobre sí misma. Lo acaricia.* DAVID *cierra los ojos.)*

SARA.– No resulta fácil, no. Habrá más momentos, como este, en los que sentirás que el mundo entero estalla dentro de tu estómago. Y pensarás que eres capaz de envenenarte lamiendo tus propias lágrimas. Eso creía yo también cuando mis padres me anunciaron que se divorciaban. Parece que todo se disuelve: las tardes en los parques, los helados en la playa, los consejos para cuando seas mayor, las noches de invierno juntos... Te parece que todo hubiera sido mentira. Los vi durante mucho tiempo como unos falsos, como unos egoístas y unos hipócritas... A uno más que a otro, cierto... Te pasará a ti también. Pero es como la borrachera que te agarraste el día de mi cumpleaños: en el momento en que ya no te quede nada dentro, cuando lo hayas arrojado todo fuera..., *(Pausa.)* cuando no quede en ti ni una gota de resentimiento, serás libre.

*(*DAVID *abre los ojos.)*

DAVID.– Libre.

*(*SARA *asiente.)*

SARA.– Llegará ese momento.

DAVID.– ¿Seguro?
SARA.– Siempre llega.
DAVID.– ¿De verdad?
SARA.– Siempre.
DAVID.– Y tú...

(Pausa.)

SARA.– ¿Yo qué?
DAVID.– ¿Seguirás conmigo?

(Un repentino golpe de viento les estremece. SARA *y* DAVID *sienten el frío y ovillan sus cuerpos buscando el calor. Cada uno siente también la respiración del otro. Y cada uno pierde ahora la mirada en un punto distinto del espacio. Un poco de silencio. El tiempo se ha detenido.)*

DAVID.– Di.

(Se oye la sirena lejana de un coche de policía que rompe la calma de la madrugada. Tenue primero, después el sonido crece más y finalmente acaba por perderse y confundirse con el rumor que provoca el viento en las copas de los árboles.)

(Silencio de nuevo.)

*(*SARA *acerca muy lentamente sus labios a los de* DAVID.*)*

(Oscuro.)

LO INNOMBRABLE

Julio Fernández Peláez

Motor.

HOMBRE.– ¿Este autobús acaba en el cementerio? *(Puertas.)* Le he preguntado si la última parada es el cementerio.
CONDUCTOR.– Así es.
HOMBRE.– Gracias.
CONDUCTOR.– 75.
HOMBRE.– No me ha hecho usted la gracia.
CONDUCTOR.– ¿Qué gracia?
HOMBRE.– La gracia... ¿No se da cuenta?
CONDUCTOR.– No.
HOMBRE.– Todos acabaremos allí tarde o temprano...
CONDUCTOR.– ¿Va a pagar?
HOMBRE.– Tengo bono. ¿Dónde puedo...?
CONDUCTOR.– Ahí detrás.

(El HOMBRE *pica su billete.)*

HOMBRE.– No me sigue, yo...
CONDUCTOR.– Lo siento pero...
HOMBRE.– Yo le he preguntado dónde acababa esta línea...
CONDUCTOR.– Caballero...
HOMBRE.– Y usted no me ha respondido con la típica gracia, como haría...
CONDUCTOR.– No está permitido hablar con el conductor. En ese cartel lo pone bien claro.

HOMBRE.– Como haría cualquier mortal en una situación como la que vivimos, con tanta crisis.

(El autobús arranca y el HOMBRE *cae y se golpea contra el suelo.)*

HOMBRE.– ¡Animal! Me he hecho daño.

(Una MUJER *se acerca.)*

MUJER.– ¿Está usted bien?
HOMBRE.– Sí, sí... No ha sido nada...
MUJER.– Conducen a ciegas... Siéntese aquí.
HOMBRE.– Estoy bien.
MUJER.– Póngase este pañuelo. Menudo golpe que se ha dado en la cabeza.
HOMBRE.– Lo ha hecho a propósito.
MUJER.– No lo creo, es solo que no ponen cuidado. Demasiados años con lo mismo.
HOMBRE.– No debí dirigirle la palabra... Arrancó y aceleró justo en el momento que mencioné...
MUJER.– Está usted sangrando.
HOMBRE.– No ha sido nada.
MUJER.– ¡Conductor! ¿Puede parar?
HOMBRE.– Voy a poner todo perdido...
MUJER.– No se preocupe por eso.
HOMBRE.– Ni siquiera era una broma... Si hubiera sido una broma... Pero... ¡es la realidad! Además, mi intención solo era ser amable...
MUJER.– Apriete el pañuelo contra la herida... Así... Quizá deberíamos llamar a una ambulancia.
HOMBRE.– No, mejor no.

MUJER.– Yo que usted acudiría a urgencias.
HOMBRE.– No puedo.
MUJER.– ¿Qué?
HOMBRE.– *(Susurrando.)* No tengo cartilla.
MUJER.– No entiendo...
HOMBRE.– Que no tengo cartilla.
MUJER.– Pero se trata de una urgencia.
HOMBRE.– Sé lo que me van a decir.
MUJER.– ¿Qué?
HOMBRE.– Que si no tengo cartilla me compre un botiquín.
MUJER.– Pero ¿qué me dice del tétanos? La vacuna antitetánica se la ponen a todo el mundo.
HOMBRE.– Para lo viejo que es este autobús no parece que tenga mucho óxido...
MUJER.– Como usted vea... Yo me bajo en la próxima.
HOMBRE.– Gracias.
MUJER.– Cuídese.
HOMBRE.– Si quiere, la acompaño.
MUJER.– No, por favor.
HOMBRE.– Solo hasta las puertas.
MUJER.– Es usted muy amable.
HOMBRE.– A pesar de la...

(Frenazo. El HOMBRE *cae y se golpea. Se abren las puertas del autobús.)*

MUJER.– Pero hombre... ¡Tenga cuidado!
HOMBRE.– ¡Lo ve! ¡Ha adivinado lo que iba a decir!
MUJER.– Se ha golpeado usted en el mismo sitio...
HOMBRE.– ¿Ha sido usted testigo de cómo ha frenado justo cuando me encontraba en el pasillo y estaba a punto de decir...? ¿Verdad?

MUJER.– Calle... Estábamos llegando...
HOMBRE.– ¿Qué?
MUJER.– Ha frenado de improviso, sí, pero estábamos llegando a la parada...
HOMBRE.– Él me vigilaba por el espejo. Ha leído en mis labios, y también ha visto que yo no tenía dónde apoyarme.
MUJER.– Podría haberse apoyado en mí.
HOMBRE.– No quise abusar de su confianza.
MUJER.– Por favor...
HOMBRE.– Usted y yo no nos conocemos de nada.
MUJER.– Es cierto.

(Se cierran las puertas. El autobús arranca.)

HOMBRE.– Ha perdido la oportunidad de bajarse.
MUJER.– No importa.
HOMBRE.– Ha sido por mi culpa.
MUJER.– Me bajaré en la próxima e iré andando. Me vendrá bien. Necesito bajar un par de kilitos.
HOMBRE.– Es usted muy optimista.
MUJER.– ¿Cómo? ¿Optimista?
HOMBRE.– No lo dije con ironía. Yo me refería a optimista en sentido literal.
MUJER.– Solo estoy sorprendida de que alguien opine eso de mí.
HOMBRE.– Extraño... Se ve a la legua que tiene usted mucha confianza en sí misma.

(El HOMBRE *pierde el conocimiento por unos instantes.)*

MUJER.– ¿Qué le pasa? ¿No se encuentra bien?
HOMBRE.– Me pareció ver doble.
MUJER.– Tiene mala cara. Y la herida con este segundo golpe...

HOMBRE.– ¿Qué?

MUJER.– No tiene muy buena pinta. Debería darse prisa en llegar a casa. Cuando baje del autobús, coja un taxi. Si quiere, yo puedo ayudarle a pedirlo.

HOMBRE.– No se preocupe, ya no me duele.

MUJER.– Aun así...

HOMBRE.– Además... *(Susurrando.)* No tengo casa.

MUJER.– ¿Qué?

HOMBRE.– Que no tengo dónde caerme muerto.

MUJER.– Es usted muy gracioso... Debería sentarse. ¿Por cierto, se ha dado cuenta? Ahora mismo somos los únicos viajeros en este autobús. Todo el mundo se bajó en la anterior parada.

HOMBRE.– Pues a mí me da la impresión de que aquí hay mucha gente, demasiada.

MUJER.– ¡Pero si tenemos para nosotros todos los asientos! ¿Cuál prefiere?

HOMBRE.– Me da igual.

MUJER.– Sentémonos aquí.

HOMBRE.– No nos hemos presentado.

MUJER.– ¿Cómo?

HOMBRE.– Ni siquiera nos hemos dado dos besos.

MUJER.– Vaya...

HOMBRE.– ¿No es eso lo que hay que hacer cuando alguien conoce a alguien?

MUJER.– Sí. Yo me llamo...

HOMBRE.– Encantado. Yo soy...

MUJER.– Tiene usted las mejillas heladas.

HOMBRE.– Es por las lágrimas.

MUJER.– ¿Las lágrimas?

HOMBRE.– Lloro con demasiada frecuencia.

MUJER.– Qué coincidencia.

HOMBRE.– ¿A usted también le pasa lo mismo?
MUJER.– No. No, qué va... Estaba pensando que últimamente solo encuentro personas...
HOMBRE.– ¿Me considera una persona...?
MUJER.– Usted ha dicho que llora con demasiada frecuencia.
HOMBRE.– Pero no de melancolía.
MUJER.– ¿Entonces?
HOMBRE.– No lo sé. Creo que es una manera de aliviarme, de quitarme un peso de encima...
MUJER.– Jamás se me hubiera ocurrido. ¿Y dice que llorar adelgaza?
HOMBRE.– Lo malo es que te deja la piel reseca. A causa de la sal.
MUJER.– Gracias. Muchas gracias.
HOMBRE.– ¿Por qué?
MUJER.– Por todo.
HOMBRE.– No era mi intención...
MUJER.– Ya estamos llegando a la parada.
HOMBRE.– Deberíamos despedirnos.
MUJER.– Nos despediremos en la calle. Usted se baja conmigo.
HOMBRE.– ¿Qué?
MUJER.– No voy a permitir que siga desangrándose así como así.
HOMBRE.– ¡Qué exagerada!
MUJER.– Si es preciso, lo llevaré a rastras a un hospital.
HOMBRE.– Es usted testaruda.
MUJER.– Soy tauro.
HOMBRE.– Yo piscis.
MUJER.– Ya le notaba algo...
HOMBRE.– ¿Algo...?

(La MUJER *se ríe.)*

MUJER.– Algo gelatinoso.
HOMBRE.– ¿Por qué ha tenido que decir...?
MUJER.– ¿Qué?
HOMBRE.– Ese adjetivo.
MUJER.– ¿Gelatinoso?
HOMBRE.– Sí.
MUJER.– Es lo primero que me ha venido a la cabeza.
HOMBRE.– Creí que era por...
MUJER.– No, no, no, ¡qué va!
HOMBRE.– Yo me refería al sudor de mis manos. No sé qué hacer con este sudor frío...
MUJER.– Déjeme tocarlas... Es cierto, pero no se alarme, seguramente se trata algo pasajero... Pero... ¿por qué se levanta?
HOMBRE.– Estoy teniendo una...

(El autobús frena de golpe y el HOMBRE *cae.)*

MUJER.– Ahora sí que se ha dado usted un buen golpe. Pero hombre...
HOMBRE.– Me entró algo de azogue.
MUJER.– No hay motivos para eso. Ningún motivo.

(Las puertas se cierran. El autobús arranca.)

HOMBRE.– Pierde el tiempo conmigo. Soy hombre muerto.
MUJER.– Siéntese, por favor. ¿Pero se puede saber por qué está tan impaciente?
HOMBRE.– De pronto, me han entrado muchas ganas de llegar.
MUJER.– ¿Al cementerio?
HOMBRE.– Sí.
MUJER.– No se preocupe, tarde o temprano...
HOMBRE.– Ya veo que...

MUJER.– Sí.
HOMBRE.– Usted y yo tenemos el mismo sentido del humor.
MUJER.– Yo soy algo más sarcástica.
HOMBRE.– Y también más suspicaz.
MUJER.– Ah...
HOMBRE.– Pero en el fondo... Pero en el fondo...
MUJER.– No gaste fuerzas en hablar, ya estamos llegando, ya verá como allí se siente...
HOMBRE.– En paz... ¿Dónde se ha ido el conductor? El autobús sigue su rumbo... Nos vamos a estrellar.
MUJER.– Cálmese.
HOMBRE.– ¿No vamos demasiado rápido?
MUJER.– Estamos en una recta muy larga.
HOMBRE.– No va a parar...
MUJER.– Tiene que parar. No hay nada que no se acabe parando... ¿Oiga...? Oiga... ¿Me oye...? Paciencia... Ya estamos llegando... Relájese... Apenas escucho su corazón... No se preocupe, ya verá como todo se arregla... Su respiración es tan débil... Calma... Cierre los ojos y duerma... Así... Así, muy bien... Casi hemos llegado. No hay nada que no se acabe parando... Es cuestión de resistencia a la inercia. Incluso la...

(Frenada. Golpe. Puertas.)

CAPERUCIT@

Rita Forlani

Vagón de metro, muy poca gente. En un extremo, aislada de los demás, una CHICA *muy joven tecleando en su móvil. Entra un* HOMBRE *de mediana edad, se sienta en frente de ella. Se queda mirándola fijamente. La* CHICA *levanta imperceptiblemente la mirada y se percata de que el* HOMBRE *la observa. Intenta disimular volviendo a su móvil, pero se la nota incómoda.*

HOMBRE.– Es un vicio, ¿verdad?

CHICA.– *(Sobresaltada.)* ¿Perdón?

HOMBRE.– El chat. Yo también estoy enganchado.

CHICA.– *(Aliviada.)* Ah, ¿esto? No, aquí no hay cobertura, en realidad estoy jugando al Candy Crash. *(Sigue atendiendo a su pantalla.)*

HOMBRE.– *(Saca su móvil y mira.)* Yo sí tengo.

CHICA.– *(Sin levantar la mirada de su pantalla.)* Entonces será que me he quedado sin saldo, antes intenté llamar y no podía.

HOMBRE.– ¿Era algo importante? Si quieres, te presto el mío.

CHICA.– *(Dudando.)* Pues...

HOMBRE.– Venga, no te cortes. Sé cómo sois los chicos, a mi hijo también se lo tengo que recargar siempre yo, y menos mal, así le controlo el gasto... *(Le tiende su móvil.)*

CHICA.– *(Cogiéndolo.)* Gracias... *(Va marcando.)*

HOMBRE.– Tendrá tu edad, más o menos... ¿Tú cuántos tienes, 15, 16...? *(La* CHICA *hace como que no oye.)* No hay manera de desengancharle del móvil, todo el día de cháchara, y como encima es un guaperas y las chicas se lo rifan, imagínate...

(La CHICA *bufa nerviosa.)* ¿Qué pasa, no te contestan? *(La* CHICA *se queda callada.)* Anda, devuélvemelo.

CHICA.– No por favor, déjeme que siga intentándolo...

HOMBRE.– Hay que ver cómo eres, ¿eh? Bueno, te dejo, te entiendo. Hablo mucho de mi hijo, pero yo también soy adicto al chat, ya te lo dije. Mi mujer viaja mucho, mi hijo se pasa todo el rato con los amigos, y yo tengo mucho tiempo. Pero a mí me gusta ver con quién hablo, por la cámara del ordenador. ¿A ti no te gusta? *(La* CHICA *asiente sin convicción, sigue marcando.)* Ya me lo imaginaba. Y seguro que te pasas las noches chateando, a escondidas de tus padres, ¿verdad? Tengo muchas amigas como tú.

CHICA.– Pues no sé..., a veces..., pero solo con mis amigos...

HOMBRE.– ¡Hombre, claro, yo también! Lo que pasa es que tengo muchos y de todas las edades... Me ayuda a mantenerme joven, ¿sabes? Y a entender mejor a mi hijo, a compartir sus aficiones... Por ejemplo, a mí también me encanta jugar al Candy, ¿me dejas tu móvil mientras usas el mío? *(Antes de que la* CHICA *pueda reaccionar, se levanta y se sienta a su lado, coge el móvil de la* CHICA *y empieza a jugar.)* No se me da nada mal, ya verás... *(Coge a la* CHICA *del brazo)* ¡Mira, 100 puntos de golpe! ¿Qué te parece? ¡A que no te lo esperarías de un «viejo» como yo! Pues soy muy enrollado, lo dicen todas mis amigas.

CHICA.– *(Al teléfono.)* ¿Juan? Hola, soy yo... En el metro... Ya lo sé, tío, se me hizo tarde... No, me he quedado sin saldo, este me lo ha prestado un señor... Exacto... Dile a mamá que me he quedado donde Sara a estudiar, que ya voy, ¿vale?... Pues dile que voy a coger un taxi, así no se pone histérica... *(El metro se para, las puertas se abren. Baja todo el mundo menos la* CHICA *y el* HOMBRE. *Cuando se da cuenta, la* CHICA *sigue con la mirada la bajada de viajeros, intentando disimular.)* ¡Oye, oye! ¡No

cuelgues! Se me olvidaba. ¿Te acuerdas de lo que hablamos el otro día, de cuando me quedo sin saldo en el móvil?... Eso... ¿Puedes hacer algo?... Creo que sí, espera. *(Al* HOMBRE*.)* ¿Te importa si dejo a mi hermano en espera unos minutos? Está intentando recargarme el móvil por Internet, quería que me lo confirmara, no va a tardar...

HOMBRE.– Adelante, faltaría más, hoy por ti mañana por mí...

CHICA.– *(De nuevo al teléfono.)* ¡¿Sí?!... ¡¿Seguro?!... Gracias tío, ¡te quiero!... Descuida, ya estoy llegando. *(Cuelga, devuelve el móvil al* HOMBRE *y recupera el suyo.)* Gracias.

HOMBRE.– ¿Qué pasa, tus padres se preocupan?

CHICA.– Normal, a estas horas...

HOMBRE.– A saber qué habrás estado haciendo por ahí...

CHICA.– *(Incómoda.)* ¡Oiga, no son sus asuntos!

HOMBRE.– Tranqui, tía, con lo bien que nos llevamos... Acabo de hacerte un favor, ¿así me lo pagas? Deberías ser más amable...

CHICA.– *(Se levanta y se coloca en la puerta.)* Ya le he dado las gracias.

HOMBRE.– Vaale, no te enfaades... *(Se levanta también y la agarra por un brazo.)* Qué te parece si tú y yo ahora nos bajamos juntos, como buenos amigos, y nos vamos a celebrarlo, ¿eh? Y calladita, que se note buen rollo, ni se te ocurra gritar o te vas a enterar.

CHICA.– *(Nerviosa, siguiéndole la corriente.)* ¡¡Vale, lo que tú quieras, pero no me hagas daño por favor, no me aprietes tanto, voy a hacer lo que tu quieras pero no me aprietes tanto, me estás rompiendo el brazo...!!

(El tren llega a la estación, los dos bajan. El andén está vacío)

HOMBRE.– Mira tú qué bien, ¡estamos solitos! Allí, detrás de la obra. *(Empuja a la* CHICA *tras unas vallas de obra en el andén, ella cae al suelo encima de su mochila.)*

CHICA.– *(Sin levantarse, llorando.)* ¡No me hagas daño, por favor! Podría ser tu hija, una de las amigas de tu hijo...

HOMBRE.– *(Desabrochándose los pantalones y agachándose.)* ¡Mi hijo también se folla a todas sus amigas, qué te has creído!

(De repente la CHICA *se levanta: aprovecha el descuido del* HOMBRE *al agacharse para soltarle un rodillazo en sus partes, y al mismo tiempo le rocía en la cara con el espray que ha sacado de la mochila. El* HOMBRE *acaba en el suelo, ella sigue dándole patadas en sus partes y en la cara hasta que él se queda inmóvil, gimiendo. La* CHICA *coge el móvil y le saca una foto.)*

CHICA.– Allí estás, hijo de puta. Mi hermano te ha clonado el móvil, nos ha localizado y ha avisado a la poli. Mi teléfono ha estado encendido todo el tiempo, he grabado todo lo que me has dicho y me has hecho. En este momento, mi hermano lo está mandando junto con tu foto a todos los números de tu agenda, empezando por el de tu hijo. Por lo que dices, estará orgulloso de su padre. Tu señora no tanto, me temo. Estás acabado. Nunca más, cabrón.

(Se oye una sirena de policía. Oscuro.)

A todas las caperucitas valientes, y en especial a la chiquilla cuya valentía permitió la detención del violador del búho.

¡ESTO ES LA GUERRA!

Yolanda García Serrano

Dos mujeres vestidas con uniforme de guerra entran reptando y se parapetan tras un muro. A sus espaldas se oyen sonidos de bombas.

CARMEN.– Mañana voy a hablar con el capitán. A mí Guzmán me va a oír. ¿Sabes lo que te digo? Que ya estoy harta de comerme el marrón de la primera línea de fuego. Si por lo menos te avisaran con veinticuatro horas... No digo dos días, digo veinticuatro horas..., para que te vayas haciendo a la idea y arregles tus cosas.

ROSI.– Anda que no tengo yo jaleo en casa, que da igual que les digas que te vas a la guerra. ¿Tú te crees que va Jose y me dice el otro día que la niña no ha podido ir a gimnasia porque no encontraba el equipo? Y le contesto: ¿pero qué explicación es esa? ¿A ti te parece esa una explicación? Es como si yo le digo a mi capitán que no puedo matar enemigos porque no encuentro las balas.

CARMEN.– ¿Y qué hiciste? Porque a dos mil kilómetros de distancia no querría que fueras a comprarle un equipo y se lo llevaras, que Jose es capaz. Ese es capaz de decirte: Rosi, te vienes tú y te traes un equipo nuevo porque el viejo no sé donde está y no tengo ni idea de dónde los venden...

ROSI.– ¿Que qué hice? Me fui al campo de tiro y me puse a disparar como una loca. Pero me llevé el teléfono y le dije: ¿tú oyes los disparos, atontolinao, tú los oyes? Pues como no te pongas ahora mismo a buscar el equipo y me digas que lo has encontrado, cuando vuelva, voy y te meto

dos tiros en la cabezota esa que tienes. Y vamos que si lo encontró.

CARMEN.– Si es que hasta que no te enfadas, no te hacen caso. Se creen que nos gusta estar todo el día dale que dale.

ROSI.– Hoy le tocaba a la niña revisión de oculista. ¿Qué te juegas a que no la ha llevado?

CARMEN.– ¿Se lo recordaste? Porque si no se lo recordaste, lo mismo se le ha olvidado y luego te dirá que la culpa es tuya por no avisarle con tiempo. ¡Si me conoceré yo a mi hermano! *(Suena otra bomba cerca.)* ¡Cada vez están más cerca!

ROSI.– Pues que no me cabreen, que salgo ahí y me pongo a disparar sin esperar órdenes. Mira que estoy yo hoy calentita.

CARMEN.– Luego dirá el capitán que en qué estamos pensando, que el otro día me echó la charla porque había gastado más munición de la necesaria. ¡Más de la necesaria dijo! ¿Te lo puedes creer?

ROSI.– Ese y mi Jose, almas gemelas. Y encima ahora el problema de las gafas.

CARMEN.– ¿Qué gafas?

ROSI.– Las de mi Sofi. Tu sobrina tiene hoy cita con el oculista, ya te lo he dicho. Le van a tener que cambiar de gafas antes de tiempo porque si me hubiera hecho caso Jose, la niña habría llevado gafas desde chica. Lo supe desde que empezó el colegio. Os dije a todos que la niña necesitaba gafas. ¿Recuerdas que lo dije?

CARMEN.– Me acuerdo perfectamente. Nos dijiste: esta niña no ve tres en un burro, ha salido a su padre. ¡Vamos que si lo dijiste!

ROSI.– Pues Jose decía que no, que la niña es que era muy despistada, y como le hacía gracia, porque a él todo lo de la niña le hace gracia, pues no la llevó al oculista y hasta que fui de permiso no le miraron los ojos. Y entonces me dijo el

oculista: pero señora ¡esta niña necesita gafas urgentemente!, ¿es que no se han dado cuenta? Y le dije: sí señor, soy la única que se ha dado cuenta de que la niña es cegata, pero es que, ¿sabe usted?, estaba en la guerra y me ha sido difícil venir antes.

CARMEN.– Encima te echó la bronca a ti, porque a mi hermano no le diría ni mu. ¿A que a Jose no le dijo ni mu?

ROSI.– ¡Pero si a Jose no le conoce! Hoy es el primer día que iba a llevar a la niña; eso si se ha acordado, claro, porque ya me estoy viendo que este se ha quedado en la inopia. Es que me lo estoy viendo,

CARMEN.– Chica, pues yo que tú le llamaba antes de que nos toque salir a combate. Si así te quedas más a gusto...

ROSI.– ¿Sabes qué? Que tienes razón. Dame el aparato. *(Nuevas bombas suenan a lo lejos.* CARMEN *le pasa un teléfono de campaña a* ROSI.*)* Se va a enterar el atontao de tu hermano como no la haya llevado a revisión, que son las cinco y media y tenía que llevarla a las cuatro. Huy como no la haya llevado... ¿Jose? ¿Jose, me oyes? *(Nuevos sonidos de bombas.)* Ya ves, aquí pasando el rato, ¿no te fastidia? Oye, que si has llevado a la niña al oculista... ¡Pues hoy! ¡A las cuatro! ¡La madre que te...! Sí, Jose, sí, te lo dije, y te lo dejé apuntado en el cuaderno al lado del teléfono... en la mesita redonda... Ah, lo acabas de ver... Claro, si fuera tu hija no lo habría visto, porque ¡la niña necesita gafas nuevas! ¿Cómo no me voy a enfadar? No, mal carácter no, encima no digas que tengo mal carácter, que...

CARMEN.– Pásamelo, que le voy a decir yo también dos cosas. Pásamelo.

ROSI.– ¡Que no la ha llevado, será posible!

*(*ROSI *le pasa el teléfono.)*

CARMEN.– Jose, soy tu hermana. ¿A ti te parece normal darle estos disgustos a tu mujer? ¿Tú sabes lo que está haciendo por vosotros mientras tú estás repantingado en el sofá tan tranquilo? Pues como si te estuviera viendo. Mira, no me digas que no me meta porque ya estoy metida. ¡Que la hija también es tuya, cariño!

ROSI.– Déjalo, anda, porque este no tiene arreglo. ¡Me ha puesto de una mala leche que ganas me dan de desertar y presentarme en casa! En casa me presentaba ahora sin avisar y... ¿Qué dice aquel? *(Se incorpora.)* ¿Tú, qué dices, no ves que no te oímos desde aquí, que está to cristo haciendo ruido? ¿Qué? ¿Que es fuego enemigo? Fíjate, y nosotras sin saberlo... *(Suena un disparo.* Rosi *cae al suelo.)* ¡Ostras!

CARMEN.– ¿Qué pasa?

ROSI.– ¿Que qué pasa? ¡Que me han dado!

CARMEN.– ¿Cómo que te han dado? Si no están disparando los de tierra…

ROSI.– ¡Pues me han dado! Vamos que si me han dado, en todo el culo, que este agujero del pantalón no lo traía yo cuando he venido.

CARMEN.– *(Al teléfono.)* Te dejo, que a tu mujer le han dado. ¡Y yo qué sé, si estaba hablando contigo! Oye, que no puedo hablar ahora, que te dejo. ¡Y lleva a la niña al oculista, que no te lo tengan que repetir! Pues pide hora, hijo, que todo hay que dártelo masticado. Vale, dale otro a mi sobrina.

*(*Carmen *cuelga por fin. Luego mira a su cuñada.)*

ROSI.– ¡La madre que los trajo, el agujero que tengo en mitad del pompis! Entre el enemigo y tu hermano no gano para disgustos.

CARMEN.– Tranquila, Rosi, tranquila, que va a llevar a la niña. En el fondo Jose es buena persona, lo que pasa es que se le va el santo al cielo y... Oye, sí que te han hecho un buen agujero.

ROSI.– Ya ves.

CARMEN.– Sí, sí, lo veo. Por eso te lo digo. Nos vamos a tener que ir a enfermería.

ROSI.– ¿Cómo me voy a ir ahora? ¿Tú sabes cuánta paga te quitan estando de baja? Que te quitan un dineral cada día que no estás en activo. Un dineral, cuñada, que tú no lo sabes porque no te ha pasado nunca, pero entre los pluses y las dietas, se te va medio jornal.

CARMEN.– Sí que es una faena, sí. Y todo por culpa de mi hermano, que si hubiera hecho las cosas como se deben hacer, no te habrías despistado de una manera tan tonta.

ROSI.– ¡Si es que la culpa es mía, por no dejar que la casa se vaya al garete! ¿Que no va la niña a gimnasia? Que no vaya. ¿Que no le revisan las gafas? Que no se las revisen. ¿Que la niña se queda cegata del todo? Que se quede... Pero esto..., esto es el colmo de la mala leche. Y ahora con media paga hasta que me den el alta. *(Se incorpora y grita hacia «el enemigo».)* ¡Desgraciados! ¡Malas personas! ¡Ya veréis cuando vuelva, os vais a enterar! ¡Sí, vosotros! ¡A mí no me apuntéis, que voy pallá y os saco los ojos con las manos! Anda que...

CARMEN.– De andar nada, que nos ponemos a tiro. Repta, Rosi, repta, y ya verás, en cuanto te metan en quirófano, la que le voy a montar a Jose.

ROSI.– Eso, y de paso le preguntas si le han dado otra hora para el oculista.

CARMEN.– Me adelanto para cubrirte.

(La cuñada repta y se va por delante. ROSI *va detrás, rezagada.)*

ROSI.– ¡Y encima tendré que comprar otros pantalones y me los descontarán de la paga también! Si es que cuando las cosas se tuercen, se tuercen. ¡Anda que el pedazo boquete que me han hecho! Esto no se puede ni zurcir siquiera. Ni zurcirlo voy a poder. ¡Cuñi, que voy! ¡Cuñi, vete pidiendo sangre del cero positivo!

(Suena una última bomba. Rosi *desaparece de escena.)*

MENSAJES

Juan Pablo Heras

SARA *y* LAURA, *dos chicas de la misma edad, están sentadas en un banco de un parque.* LAURA *lleva un brazo escayolado.*

SARA.– Has sido tú. Estoy segura. Has sido tú.
LAURA.– No te conozco de nada.
SARA.– Al menos te suena mi cara.
LAURA.– ¿De qué va esto? ¿Qué estamos haciendo aquí?
SARA.– Nada. No estamos haciendo nada. Pero si no estás a gusto, puedes irte.
LAURA.– ¿Qué es lo que he hecho?
SARA.– Nada malo.
LAURA.– ¿Por qué no me lo dices?
SARA.– No sé.

(Silencio. LAURA *se lo piensa antes de hablar.)*

LAURA.– Esto es surrealista.
SARA.– ¿Te molesta tanto misterio?
LAURA.– Sí.
SARA.– ¿Te irrita?
LAURA.– Y que lo digas.
SARA.– ¿Y esta tortura a la que te estoy sometiendo se la aguantarías a... cualquiera?
LAURA.– ¿Qué he hecho?
SARA.– Me gusta.
LAURA.– ¿El qué?
SARA.– Que estés dispuesta a quedarte aquí... a pesar de todo.

LAURA.– Me voy.

*(*Laura *emprende la marcha.)*

SARA.– Abono transportes.

*(*Laura *para.)*

LAURA.– ¿Puedes dejar de jugar a las adivinanzas y explicarte mejor?
SARA.– Pero si ya lo sabes... Tú me dejaste encima de la mesa el abono transportes que perdí.
LAURA.– ¿Yo? Eso pudo hacerlo cualquiera.
SARA.– Ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida.
LAURA.– Qué tontería.
SARA.– Acaba de empezar el mes. Mis padres me matan si se enteran. Y seguro que se enteran, porque no se cree nadie que yo madrugue para ir andando al instituto...
LAURA.– Pues vaya vida... Quiero decir... Si no te ha pasado nada mejor.
SARA.– No es solo eso.

(Silencio. Laura *vuelve al banco.)*

LAURA.– ¿Qué iba a hacer? ¿Dejarlo ahí tirado en mitad del patio?
SARA.– Me gustó... el mensaje.
LAURA.– ¿Qué mensaje? *(Silencio.)* Ah, no, no, no, yo no quería decirte nada. El abono transportes es tuyo y ya está.
SARA.– No ha sido como yo esperaba...
LAURA.– ¿Qué querías, que te hubiera puesto una notita con caritas sonrientes?

SARA.– Exacto. Eso es justo lo que no quería.

LAURA.– A lo mejor preferías que te lo diera en la mano, en plan «hola, Sara, no me conoces, pero soy tan guay que quiero que sepas lo que he hecho por ti y que me devuelvas el favor cuanto antes, a ser posible con un billete de veinte euros». No es mi estilo.

SARA.– De eso se trata.

LAURA.– ¿Qué?

SARA.– El mensaje.

LAURA.– Pues vaya mensaje: «hola, soy una desconocida a la que todavía no le has dirigido la palabra. Te he traído el abono transportes e incluso le he cambiado la funda porque estaba rota, pero no se te ocurra mirarme ni darme las gracias». No sé cómo te puede parecer esto lo mejor que te ha pasado en la vida.

SARA.– Qué dura eres.

LAURA.– No quiero que me des las gracias, en serio. Bueno, si te empeñas, hazlo, pero de verdad que para eso no hacía falta tanto misterio.

SARA.– Me he explicado mal. No me has enviado un mensaje. Me has dado una respuesta.

LAURA.– ¿Qué?

SARA.– A mí sí me gusta que me den las gracias. Y tú has tardado. Mucho. Y la forma en la que lo has hecho es muuuy rara. Pero me encanta.

LAURA.– No sé de qué estás hablando.

SARA.– Reconozco que yo tampoco te lo puse fácil. Pero creo que ahora ya lo sabes: este es mi estilo.

LAURA.– Sara...

SARA.– ¡Sabes mi nombre!

LAURA.– Estaba escrito en el abono transportes. No pude evitarlo...

SARA.– *(Irónica.)* Gracias por la aclaración; por un momento pensé que tenías algún tipo de interés…

LAURA.– Fuiste tú.

SARA.– *(Imitando el tono anterior de* LAURA.*)* «No sé de qué estás hablando».

LAURA.– Los apuntes de aquel día. Encima de la mesa.

SARA.– De nada.

LAURA.– ¿Sabes? No falto nunca a clase solo por no tener que pedirle nada a nadie.

SARA.– Eres muuuy dura.

LAURA.– *(Señalando su brazo en cabestrillo.)* Pero a veces no queda más remedio. Y fue llegar, al día siguiente, encontrarme esos apuntes y...

SARA.– ¡Fue lo que cayó en el examen!

LAURA.– ¡Sí! ¡Fue increíble! *(Silencio.)* Oye, Sara.

SARA.– Dime, Laura.

LAURA.– ¿Perdiste el abono transportes a propósito?

SARA.– ¿Qué te hace pensar eso?

LAURA.– Me lo encontré allí, junto a las vallas, en ese lugar...

SARA.– ... donde siempre te sientas con tus amigas...

LAURA.– No son amigas...

SARA.– Ah.

LAURA.– Entonces, ¿lo hiciste a propósito? ¿Me hiciste una especie de... prueba? *(*SARA *no dice nada, pero su sonrisa es elocuente.* LAURA, *en cambio, se torna seria.)* Vale. Ya lo entiendo. Te daré una satisfacción: muchas gracias.

*(*LAURA *se gira para darse la vuelta.)*

SARA.– ¡Laura! Deja de ser tan dura por un rato y escúchame. Porque sé que entiendes.

LAURA.– ¿Que entiendo?

SARA.– Entiendes perfectamente lo que está pasando aquí y te haces la dura por miedo a equivocarte. Y yo te digo que no te equivocas. *(Silencio.)* No te equivocas. *(*LAURA *se queda indecisa. No sabe si quedarse o marchar.)* Laura, dime una cosa.

LAURA.– Qué.

SARA.– ¿Ninguna de esas chicas es... amiga tuya?

LAURA.– Ninguna.

SARA.– Ya. Te entiendo. Yo tampoco tengo... amigas. Ven aquí. *(Silencio.* LAURA *no se mueve.)* Por favor.

*(*LAURA *se acerca. Las dos se miran, tímidamente. Muy poco a poco, se van aproximando. Acercan sus labios. Están a punto de besarse, pero* LAURA *se aparta.)*

LAURA.– ¿Yo te gusto?

SARA.– No conozco a nadie como tú.

LAURA.– No me conoces. Punto.

SARA.– Pero...

LAURA.– Lo que quieres decir, en realidad, es que no conoces a nadie «como tú».

SARA.– ¿Como tú?

LAURA.– No. Como tú.

SARA.– Ah. Ya. Bueno, es que este instituto es pequeño y...

LAURA.– En el de por allí dicen que hay más...

SARA.– ¿Las conoces...?

LAURA.– Dicen.

SARA.– Ya. *(Silencio.)* ¿Y... yo te gusto a ti?

LAURA.– Bueno...

SARA.– Uy, qué mal empezamos...

LAURA.– Has sido muy buena conmigo.

SARA.– Ha sido un placer...

LAURA.– Pero también has jugado conmigo.

SARA.– Era por una buena causa.
LAURA.– Era tu estilo. No sé si me gusta ese estilo.
SARA.– Perdón. No quería molestarte.
LAURA.– Supongo que todo esto es muy romántico.
SARA.– ¿Entonces tú y yo no...?
LAURA.– No sé. A lo mejor, si supiéramos algo más la una de la otra, ¿no? Aparte del número del abono transportes.
SARA.– Puede que si me conoces mejor salgas corriendo.
LAURA.– A conocerte sí que quiero arriesgarme. Pero ¿sabes una cosa? Tú y yo no somos las únicas del instituto.

(Se le acerca al oído y le dice algo.)

SARA.– ¿¿¿Esa???
LAURA.– Lo que oyes.
SARA.– ¿Y si le pido salir?
LAURA.– Tú estás muy desesperada, ¿no?
SARA.– ¡Calla y no insultes, que no te vuelvo a dejar los apuntes!

(Las dos ríen. Silencio.)

LAURA.– Oye, tendríamos que ir a clase, ¿no?
SARA.– ¿Otra vez ahí dentro? ¿Solas?
LAURA.– Si quieres, podemos sentarnos juntas.
SARA.– ¿Sí? ¿Y si dicen...?
LAURA.– ¿A quién le importa?
SARA.– Vamos allá. Creo que este es el principio de una buena amistad.

*(*SARA *coge a* LAURA *de la mano y tira de ella. Las dos corren hacia delante. Oscuro.)*

MÁNDAME UN WHATSAPP

Fernando J. López

Un sofá. Dos chicas de 16 años hablando entre sí. Y con sus móviles.

LEA.– ¿Pero te gusta o no?
YOL.– Me apetece un cine.
LEA.– No tengo pasta.
YOL.– ¿Cero?
LEA.– Ni un euro. ¿Y tú?
YOL.– Para una entrada sí.
LEA.– Puedo intentar colarme.
YOL.– Nos pillan fijo.
LEA.– ¿Me vas a contestar?
YOL.– Entonces del cine pasamos. Qué rabia... Hoy tenía ganas.
LEA.– Eso, Yol, tú a tu bola.
YOL.– ¿Pero qué quieres que te diga?
LEA.– La verdad.
YOL.– La verdad es que sí, que Dani me gusta. Que me gusta mucho, joder.
LEA.– Entonces no lo entiendo.
YOL.– ¿El qué?
LEA.– Que le hayas montado ese pollo por lo del correo.
YOL.– ¿A ti te parece normal?
LEA.– Si lo quieres de verdad, sí.
YOL.– Voy a buscar algo de beber. ¿Tienes cervezas?
LEA.– Supongo. Pero luego hay que reponerlas para que no se note, que a mi madre no le mola que beba... *(Desde el sofá,*

mientras YOL *sale a buscar la bebida a la cocina.)* ¿Sabes? Cuando me llamaste esta mañana pensaba que me ibas a pedir la casa para quedar con él.

YOL.– ¿Por?

LEA.– Lo normal, tía... Yo lo habría entendido... Un novio es un novio. Y el tuyo está muy bueno. Eso también influye.

YOL.– *(Entrando con la bebida.)* No soy de las que pasan de las amigas por un tío.

LEA.– No he dicho eso.

YOL.– ¿Preferirías que lo hubiera llamado a él?

LEA.– No seas boba... ¿Y cómo le va a tu madre con...? Joder, cómo se llama el nuevo...

YOL.– Raúl.

LEA.– Eso, Raúl. ¿Siguen juntos? Porque el tío está buenísimo... Mucho mejor que el anterior, la verdad... Tu madre sí que ha sido lista, Yol.

YOL.– No está mal.

LEA.– ¿No te cae bien?

YOL.– ¿Mi madre?

LEA.– Raúl.

YOL.– No me va mucho.

LEA.– Pues está tremendo.

YOL.– Un buen culo no lo es todo, Lea.

LEA.– Ya, claro, pero ayuda.

YOL.– Si a nosotras nos miran solo por eso, lo llevamos claro...

LEA.– Habla por ti.

YOL.– Venga ya, Lea, que somos muy normales.

LEA.– Yo tengo mi público.

YOL.– Coño, y yo... Pero no hablo de eso.

LEA.– Mira este...

YOL.– ¿Qué pasa?

LEA.– El nuevo, que acaba de colgar un tuit con una foto de la de Biología...
YOL.– Se puede buscar un problema.
LEA.– Me cae bien.
YOL.– Es un macarra.
LEA.– Con muy buen buen culo.
YOL.– Pues sí que estás tú hoy profunda... ¿De verdad no tienes pasta para una entrada?
LEA.– ¿Por qué no vas mañana con Dani?
YOL.– Dani pasa del cine.
LEA.– Se ha cabreado contigo, ¿verdad?
YOL.– Un poco.
LEA.– Normal.
YOL.– *(Mirando un WhatsApp que acaba de sonar.)* Y una mierda. De normal, nada.
LEA.– ¿Es él?
YOL.– *(Leyendo el mensaje.)* «¿Dónde estás?».
LEA.– Dile que se venga.
YOL.– No voy a contestar.
LEA.– ¿Estás tonta?
YOL.– Estoy contigo.
LEA.– ¿Y por qué no se lo dices?
YOL.– No me gusta que me vigilen.
LEA.– Exageras.
YOL.– ¿Me meto yo en tus rollos?
LEA.– No. Porque no tengo.
YOL.– Cuando los tengas...
LEA.– Si los tengo...
YOL.– Pues eso, si los tienes, prometo no opinar.
LEA.– Si el nuevo se dejara...
YOL.– Hay algo en ese tío que no me gusta.
LEA.– ¿Ves como tú también opinas?

YOL.– Es diferente.

LEA.– No, Yol, para nada. Pero no importa. Las amigas están también para eso...

YOL.– ¿Para dar la brasa?

LEA.– Para aconsejar... Venga, respóndele.

YOL.– ¿Y a ti por qué te importa tanto si le respondo o no?

LEA.– Porque es raro no hacerlo. Él ya ha visto que has leído su mensaje. Y ahora estará esperando.

YOL.– *(Leyendo la pantalla de su móvil)* «Escribiendo...».

LEA.– ¿Y ahora qué dice?

YOL.– Pues lo mismo. «¿Dónde estás?», pero con muchas más interrogaciones que antes y un «joder» al final.

LEA.– ¿Puedo ser sincera?

YOL.– Lo vas a ser de todos modos...

LEA.– Yo creo que no lo quieres de verdad.

YOL.– ¿Y eso lo sabes porque...?

LEA.– Porque si no, le habrías respondido en cero coma. Y no habrías montado la que le has montado con el tema del correo.

YOL.– ¿No estarás hablando en serio?

LEA.– Sí, Yol... Es que no es para tanto. Se supone que estáis saliendo, ¿no? Cuando sales con alguien no hay secretos.

YOL.– ¿Cómo dices?

LEA.– ¿A ti qué más te da? Si no le engañas con otros tíos, no importa que él tenga tu contraseña, porque tú no le estás poniendo los cuernos y eso, ¿verdad?

YOL.– Yol, que no se trata de lo que yo hago. Se trata de tener la libertad de hacerlo.

LEA.– Ya salió la Yol profunda... Deberías tuitear esa frase de mierda.

YOL.– No seas borde.

LEA.– No, espera, mejor la tuiteo yo. Lo mismo la frase le gusta al nuevo y me la pone en favoritos.
YOL.– ¿A ti te mola?
LEA.– El nuevo, un poco.
YOL.– ¿Y Dani?
LEA.– ¿Tu novio?
YOL.– Yo prefiero llamarlo Dani.
LEA.– Pero es tu novio.
YOL.– Se llama Dani y llevamos saliendo dos meses. Eso es todo.
LEA.– Es todo y es mucho.
YOL.– ¿Estás celosa?
LEA.– No jodas.
YOL.– Vale. Mejor lo dejamos.

(Pausa. Breve silencio. Intentan relajar la tensión, pero ninguna de las dos sabe bien cómo hacerlo.)

LEA.– Me da rabia, ¿sabes?
YOL.– ¿El qué?
LEA.– Que no lo valores. No sabes lo que tienes... Y si sigues así, vas a perderlo. *(Vuelve a sonar el móvil de* YOL *y ella lo mira con expresión de fastidio.)* Dile dónde estás de una vez.
YOL.– Así que te gusta Dani...
LEA.– ¿Se lo vas a decir o no?
YOL.– *(Nuevo WhatsApp.)* No me lo puedo creer... Está desatado.
LEA.– Está celoso.
YOL.– ¿A ti eso te pone?
LEA.– A mí, mucho. Como a todo el mundo. Si no hay celos, es que no te quieren.
YOL.– Yo no soy celosa.

LEA.– ¿Te da igual que él se enrolle con otras tías?
YOL.– No es eso, pero...
LEA.– ¿Lo ves?
YOL.– No necesito saber dónde está cada cinco minutos.
LEA.– Porque eres una ingenua.
YOL.– Porque confío en él.
LEA.– *(Tecleando.)* Porque no te importa de verdad.
YOL.– ¿A quién le escribes?
LEA.– A Dani.
YOL.– ¿Qué coño has dicho?
LEA.– Me ha mandado un WhatsApp.
YOL.– ¿A ti? Léemelo.
LEA.– «Yol está contigo???».
YOL.– Yo flipo. En serio.
LEA.– Le he dicho que sí.
YOL.– Me jode dar explicaciones.
LEA.– La pareja consiste en eso.
YOL.– Entonces me declaro alérgica a la pareja desde ahora mismo.
LEA.– *(Leyendo.)* Viene para acá. Dice que se pasa a recogerte.
YOL.– *(Cogiendo su abrigo y su mochila.)* Me largo.
LEA.– ¿Qué dices?
YOL.– Que me voy.
LEA.– Está a punto de llegar.
YOL.– Por eso mismo.
LEA.– Es un error.
YOL.– No, el error es esperar a que cruce esa puerta. ¿Quién se ha creído que es?
LEA.– Se va a enfadar.
YOL.– Que lo haga. Y que pase de mí. Yo no puedo estar con alguien así. Ni puedo ni quiero.

LEA.– Eso es porque te dan miedo las emociones.

YOL.– Ahora la que parece salida de un tuit cutre eres tú.

LEA.– Te encierras, Yol. Eso es así... Te encierras y te acobardas cada vez que conoces a un tío. Yo creo que eso es por culpa de...

YOL.– No empieces con eso.

LEA.– Pero lo de tu...

YOL.– Lo de mi padre no hace falta que me lo recuerdes.

LEA.– Solo iba a a decir que...

YOL.– Mira, Lea, estoy harta de que todo el mundo que me conoce intente explicarme por lo que pasó... Hace años que no lo veo. Y que no quiero verlo.

LEA.– Es lógico que estés así.

YOL.– ¿Así cómo?

LEA.– Quiero decir que lo que te ocurrió fue...

YOL.– Lo que me ocurrió fue una puta mierda. Así de claro. Pero que Dani me cabree cuando se pone en plan policía no tiene nada que ver con eso.

LEA.– Todo está relacionado.

YOL.– ¿Podemos dejarlo de una vez?

LEA.– ¿Sigues yendo al psicólogo?

YOL.– Ahora sí que me largo.

LEA.– ¿Ves como no se puede hablar contigo?

YOL.– ¿Sabes qué, Lea? Si lo que quieres es quedarte con Dani, te lo regalo.

LEA.– ¿Hablas en serio?

YOL.– Claro que sí. Seguro que con un par de cervezas se lanza y le dais un uso estupendo a este sofá... Y luego, cuando te lo pida, dale también tu contraseña del *mail,* tu pin del móvil, no sé, lo que él quiera. Dáselo todo para que sientas bien a fondo ese amor del que dices que yo huyo. Y después, cuando todo se vaya a la mierda, porque se irá a la mierda,

me avisas y yo vengo, porque, aunque me joda, para las amigas siempre estoy disponible.

LEA.– Eso no va a pasar.

YOL.– *(Nuevo WhatsApp.)* ¿No va a pasar? *(Otro mensaje más.)* ¿En serio? *(Suena el móvil de nuevo.* YOL, *harta de contenerse, lee el mensaje en voz alta.)* «Escribe de una puta vez, zorra». *(Mirando fijamente a su amiga.)* ¿Seguro?

*(*YOL *sale y cierra la puerta.* LEA *recoge un poco el sofá, pone algo de música con su iPod y un par de altavoces y escribe en el móvil mientras se ríe tanto de lo que dice como de lo que le dicen. Por fin suena el timbre y se levanta corriendo e ilusionada.)*

LEA.– ¿Dani? Sí, claro, sube. Te estaba esperando.

(Oscuro.)

PASO DE PEATONES

Luis Maluenda

Habitación en una modesta casa de inmigrantes. Todos trabajando o buscando trabajo. Solo uno, el ACCIDENTADO, *mayor, de unos 50 años, nacido en Ecuador. El otro hombre, el* CONDUCTOR, *representa unos sesenta años, rubio, teñido. Viste a la moda.*

CONDUCTOR.– Sería mejor llamar a un traumatólogo. Quizás necesite hacerle unas radiografías...

ACCIDENTADO.– Complicaría las cosas... Es mejor que se marche.

CONDUCTOR.– No puedo hacerlo. Siento que debo estar aquí por si le pasa algo.

ACCIDENTADO.– No debe preocuparse. Tengo duro el espinazo. Ha sido...

CONDUCTOR.– Un descuido mío. Debí frenar en el paso de peatones.

ACCIDENTADO.– Yo debí mirar antes de cruzar. *(Pausa.)* De verdad... estaba... pensando en otra cosa...

CONDUCTOR.– ¿Qué pensaba?

ACCIDENTADO.– Cuando cruzo un paso de peatones, me digo: ¿Qué pasaría si muriera atropellado? La gente, primero, me cuidaría, me llevaría a... no sé donde y después me... enterraría, no me dejarían tirado ¿Ve? Usted me ha recogido, me ha traído a casa... Me siento algo dolorido, pero bien. Podría haber muerto y todo habría terminado.

CONDUCTOR.– Lo siento, ese árbol tapa la señal... ¿Cómo puedo resarcirle?

ACCIDENTADO.– ¿«Resarcirle»..., qué palabra..., qué quiere decir?

CONDUCTOR.– Compensarle, quizás, económicamente para que olvidáramos esto.

ACCIDENTADO.– Me sentiría peor si le aceptara dinero, señor. No debo hacerlo.

CONDUCTOR.– Pero... quizás le vendría bien...

ACCIDENTADO.– Sí, es cierto, me vendría bien.

CONDUCTOR.– Tome, le daré..., le puedo enviar mañana... ¿Tiene usted cuenta en el banco?, le podría hacer una transferencia. Dígame su nombre...

ACCIDENTADO.– Vivo con unos compañeros que..., bueno, cuando nos pasa algo a alguno, nos ayudamos.

CONDUCTOR.– Podría paliar, compensar su... tiempo, quizás no pueda ir a trabajar...

ACCIDENTADO.– Estoy sin trabajo... Quizás podría darme trabajo... Eso sí lo podría aceptar ¿Tiene usted trabajo para mí?

CONDUCTOR.– No, no puedo contratarle... Dígame cuál es su trabajo, quizás pueda ayudarle...

ACCIDENTADO.– En mi país, en Ecuador, trabajaba en la piedra. Hacía lápidas, ya sabe, los nombres, grababa en piedra los nombres... También cortaba la piedra... Ahora busco trabajo aquí, pero es difícil.

CONDUCTOR.– Yo... no conozco a nadie en ese gremio, pero seguro que hay otros trabajos que pueda hacer...

ACCIDENTADO.– *(Intenta levantarse.)* Se me ha enfriado el músculo y ahorita no puedo casi levantarme. ¿Me puede dar una aspirina que tengo en ese cajón?

CONDUCTOR.– Claro que sí. ¿Ve como tenía razón? ¿Dónde puedo coger agua, aquí..., en la cocina? *(Le trae agua y la caja de las aspirinas.)*

ACCIDENTADO.– Gracias. Será mejor que se marche. Creo que me meteré en la cama, me empieza a doler un poco. Será mejor que la duerma.

CONDUCTOR.– Es que no...
ACCIDENTADO.– No podemos tener todo.
CONDUCTOR.– ¿Qué quiere decir?
ACCIDENTADO.– Lo que le he dicho.
CONDUCTOR.– Pero yo quiero ayudarle...
ACCIDENTADO.– Sí, pero no puede..., no podemos conseguir todo lo que queremos, usted lo está viendo... Yo tampoco.
CONDUCTOR.– No puedo dejarle así...
ACCIDENTADO.– Váyase a casa..., se acordará un par de días, luego se olvidará...
CONDUCTOR.– No, no es cierto...
ACCIDENTADO.– Usted quiere ir a casa como si no hubiera pasado nada. Pero ha pasado. Quiere quitarse el peso, la culpa de haberme atropellado, pero no puede ser, yo necesito papeles, un trabajo, usted no puede darme eso.
CONDUCTOR.– Pero yo...
ACCIDENTADO.– Qué pesado se está poniendo. Ya me ha dicho que quiere pagarme un médico, resarcirme, llevarme a un hospital, pero no puedo ir, me tomarían nota de dónde estoy, quién soy, a los pocos días vendrían a por mí, para llevarme al avión de vuelta a Ecuador, y yo no puedo volver allí con las manos en los bolsillos ¿Lo entiende? Estoy ilegal.
CONDUCTOR.– ¿Cuánto..., cuántas personas viven aquí?
ACCIDENTADO.– Mire, déjelo. Ha hecho todo lo que ha podido. Váyase.
CONDUCTOR.– No puedo. No podría salir por esa puerta sintiendo que no he hecho todo lo que humanamente puedo hacer. Va en contra de mis principios.
ACCIDENTADO.– Lo ha intentado, pero no puede hacer más.
CONDUCTOR.– ¿Le importa que rece? Querría pedir por usted, para que el Señor le traiga...

ACCIDENTADO.– Ya he tomado la aspirina. No creo que mejore con un rezo. Siento que usted... quiere quitarse la culpabilidad... no más, creo que quiere que el mundo sea feliz. Que seamos todos felices... es solo una sensación.

CONDUCTOR.– ¿Qué hay de malo en ello? Si todo el mundo hiciera un esfuerzo por conseguir un mundo mejor...

ACCIDENTADO.– Dicen que los accidentes no existen, que son como si estuvieran predestinados...

CONDUCTOR.– ¿Quiere decir que esto, que le haya atropellado, no es... que yo quería pasarle por encima...?

ACCIDENTADO.– Mmm...

CONDUCTOR.– ¿Que es..., que esto es una prueba... que me manda, que le manda, Dios?

ACCIDENTADO.– A usted le manda una prueba, pero dentro del coche, a mí, debajo. No entiendo por qué a usted le envía una prueba... en la que pago yo, el dolor me lo llevo yo.

CONDUCTOR.– Claro, pero soy yo quien no puede soportarlo.

ACCIDENTADO.– ¿Conoce la Biblia?

CONDUCTOR.– Claro, es el mejor libro del mundo.

ACCIDENTADO.– ¿En la Biblia, hay algún hombre que haya atropellado a otro? Bueno ya sé que es un libro antiguo... Quiero decir si hay algún... capítulo en el que un hombre pasa por encima de otro... quiero decir... que cuál es la enseñanza.

CONDUCTOR.– Comprendo... No recuerdo nada parecido.

ACCIDENTADO.– Si hubiera algo así, ¿usted sabría qué hacer? Es un libro de consejos, ¿no?

CONDUCTOR.– ¿Un libro de consejos?

ACCIDENTADO.– Una guía... para saber qué hizo fulano y qué debe hacer uno en casos parecidos.

CONDUCTOR.– Nunca lo había visto así...

ACCIDENTADO.– ¿Para qué lo va a leer si no es para tener una enseñanza?

CONDUCTOR.– Seguramente conoce la parábola de Job.

ACCIDENTADO.– Claro.

CONDUCTOR.– *(Sonríe.)* Fue una prueba que Dios le hizo pasar a Job.

ACCIDENTADO.– Sí, la oí contar en misa al cura de mi pueblo.

CONDUCTOR.– Recordará que, al final, Dios le daba todo lo que le había quitado...

ACCIDENTADO.– Y más.

CONDUCTOR.– Estaba pensando que a usted Dios le ha quitado todo. Quizás ha llegado el momento de que se le devuelva...

ACCIDENTADO.– Siempre he sido pobre...

CONDUCTOR.– Imagine que Dios se acuerda de usted. Quiero decir que siempre ha sabido lo que le pasaba, que le ha puesto a prueba y que ahora le va a...

ACCIDENTADO.– ¿Resarcir? Sería capaz de creer...

CONDUCTOR.– ¿Le gustaría ser empresario?

ACCIDENTADO.– ¿Yo?

CONDUCTOR.– Usted solo tendría que firmar. Solo poner su nombre. Naturalmente usted tendría un sueldo, suficiente para vivir.

ACCIDENTADO.– Eso sería un milagro.

CONDUCTOR.– Si pasara, sería capaz de creer, ha dicho. *(Saca unos documentos del bolsillo que están perfectamente doblados.)*

ACCIDENTADO.– La aspirina me ha debido sentar mal. Se me está quitando el dolor. Siempre falla, menos hoy...

CONDUCTOR.– Solo debe firmar aquí.

ACCIDENTADO.– No pensaba denunciarlo, ya se lo he dicho.

CONDUCTOR.– *(Le da las hojas.)* Lea, por favor. Después, usted decide. Pero desde el momento en que firme tendrá derecho a su primer ingreso. *(Saca un sobre y lo pone encima de la mesa.)* Tómese su tiempo.

(El ACCIDENTADO *lee.)*

ACCIDENTADO.– Es una empresa internacional.

CONDUCTOR.– Comercio internacional. Tendrá una secretaria, podría ser... quien usted quisiera. Esta empresa recibiría una cantidad de dinero y después, pasados unos días, debería hacer un pago a otra. Sencillo. Es totalmente legal, pero se necesita una persona de confianza que quiera hacerlo. Cuando me ha dicho que buscaba trabajo y ha rechazado el dinero que le daba, he sabido más de usted que por todas las pruebas.

ACCIDENTADO.– *(Asombrado.)* Mi nombre está aquí, pero la dirección...

CONDUCTOR.– Es la de una vivienda que se incluye con el cargo de director gerente de la empresa.

ACCIDENTADO.– ¿Que voy a tener... un piso dónde...?

CONDUCTOR.– Podría ser también la dirección de la empresa.

ACCIDENTADO.– Entonces..., usted ya sabía... Todo esto es...

CONDUCTOR.– Una prueba, sí. Hace tiempo que pensaba en usted, pero necesitaba hacerle una prueba. *(Le da una pluma para que firme.)* Siento haber tenido que hacerle daño, era necesario. Firme y cuente el dinero. Espero que sea suficiente.

ACCIDENTADO.– Siempre he creído que el queso solo es gratis en la ratonera.

CONDUCTOR.– *(Mira alrededor.)* Esto sí es una ratonera. *(Pausa. El* ACCIDENTADO *firma. Pausa.)* El queso se llama testaferro.

(Oscuro.)

ET IN HORA

Aurora Mateos

Personajes: María (50-70 años)
Teresa (50-70 años)

MARÍA.– *(Está en una sala de espera que parece la antesala de una consulta médica.)* ¿Quién es la última...? ¿Usted? *(Se sienta.)* La única y la última hoy, por suerte. *(Pausa.)* Su cara me suena... Sí, usted llevaba a su niño al mismo médico que yo, ¿verdad...? Sí, porque los dos son de la misma edad... *(Riéndose.)* Siempre se resfriaban a la vez, lo que son los chiquillos..., y jugaban mientras esperábamos el turno. ¡Me acuerdo como si fuera ayer! ¿Y han sido cuántos... quince, veinte años? *(Riéndose.)* En la sala de espera pillaban el periódico o lo que hubiera encima de la mesa y lo hacían pedacitos..., y los muy gamberros se mataban de la risa por mucha fiebre que tuvieran... Así que usted también se acuerda... *(Suspirando.)* Y... ahora ya criados, ya mozuelos con barba, y aquí estamos otra vez, en el médico. *(Suspira.)* ¡Lo que es la vida! Somos madres por mucho que crezcan. *(Cruza las manos. Pausa.)* ¿Es su hijo el que está ahí dentro, o alguien de la familia?

TERESA.– *(Sin tener ningunas ganas de hablar.)* Sí, mi hijo.

MARÍA.– ¡Ah, ya! *(Baja la cabeza y habla con tono muy triste.)* El mío también... ¿Y tienen que hacerle mucho? ¿Arreglarlo entero o alguna parte? ¿Una pierna o un brazo? *(Espera respuesta.* Teresa *le señala la cara y el pecho.)* Como el mío. Está fatal..., ¡pero fatal, fatal! Por eso vine aquí, porque dicen que este hombre los pone como nuevos... Bueno, es un decir, claro... *(Se ríe.)* No me mire con esa cara, que son los ner-

vios... Una no puede reírse de estas cosas, pero es que no lo puedo remediar. *(Ríe compulsivamente.)* Mi niño está más roto que un puzle de diez mil, van a hacerle más costuras que un traje de Chanel. *(Se seca las lagrimas de risa.)*

TERESA.– ¿Del sur?

MARÍA.– Sí, señora, yo soy de del sur, y usted del norte, ya, ya lo sé...

TERESA.– Nos dijeron que ustedes tenían la culpa.

MARÍA.– ¡Pues a mí lo mismo! *(Suspira.)* Lo que es la vida... *Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus...*

TERESA.– Nos dijeron que ustedes nos lo quitarían todo.

MARÍA.– ¡Mujer!, en el sur hay algún que otro sinvergüenza, como en todas partes, pero a fin de cuentas somos gente, y la gente siempre tiene algo de bueno. Yo de estas cosas no entiendo, pero ahora resulta que nos han contado embustes, porque usted y yo nos parecemos. Sí, porque aquí estamos, esperando a nuestros hijos, llevándolos de la mano para que luego la vida nos lo tuerzan... Y ahora..., ¡todo mentira! Porque yo soy parte de usted y usted de mí... ¿Cuándo muramos no iremos al mismo sitio? *(Enseñando el brazo.)* ¿Mi carne no se parece a la suya? Porque usted tuvo la regla como yo, y parió, quiso mucho, y pasó lo suyo para echar adelante...

TERESA.– Usted y yo, y nuestros hijos, somos lo mismo, venimos a la vida y acabamos en la muerte. Mi hijo era tan hermoso que nunca creí que fuera mío.

(Cae una bomba. Se echan al suelo.)

MARÍA.– ¡Estos malditos que no respetan a nadie! ¡Bombardeos! ¿Cómo es posible en un día como hoy? *(Pausa.)* ¡Ellos son los canallas! Los de las bombas, cualquiera que las tire! ¡Me da igual los colores de la bandera que tengan! ¿Es que

no vamos a tener paz ni siquiera ahora? ¿Qué hemos hecho para merecer esto? ¿Se puede estar peor que teniendo a nuestros niños ahí dentro..., sin saber si vamos a verles alguna vez cómo eran?

(Otra bomba.)

TERESA.– Ya ha terminado, por ahora

MARÍA.– *(Se levanta y va arreglándose.)* Yo no sé de política ni del mundo. Yo solo entiendo de mi casa. *(Pausa.)* Pero de lo que sí estoy segura es de que enterrar a mi niño de veinte años es una barbaridad... ¡Sí, barbaros, salvajes! *(Gritando por la ventana.)* ¡Todos vosotros! Quien tenga la culpa... ¿Por qué tenemos que estar usted y yo aquí? ¿Qué es lo que justifica que les cosan los trozos del cuerpo para enterrarlos? ¿Quién gana con esto? ¿Usted o yo?

TERESA.– Ellos.

MARÍA.– El fruto de mi vientre, pobre hijo mío, venir al mundo para que le pongan un uniforme que no quiere, le carguen con un arma que pesa más que su alma y le enseñen a odiar al prójimo...

TERESA.– Y ahora están arreglando a mi hijo para enterrarlo.

MARÍA.– El mío también está ahí dentro para que un sastre de materia humana le prepare la apariencia para que su familia y amigos, los pocos que quedamos, puedan despedirse como Dios manda... Y, por otra parte, ¿cómo vamos a dejarlos con las entrañas colgando o los ojos salidos? ¿Vamos a entregarlos a la muerte como si no tuvieran a nadie que los quiera? Yo, como usted, he intentado darle lo mejor, y me lo he sacrificado todo para que fuera feliz.

TERESA.– No tuvieron tiempo de ser felices.

MARÍA.– Lo que yo no sabía es que yo lo había traído al mundo equivocado. Mi hijo, como el suyo, solo ha venido para ser usado, para defender el poder que otros no quieren perder.

TERESA.– Para luchar por una patria que les asesina.

MARÍA.– ¿Dónde cayó su hijo? ¿En la ribera, como el mío? ¿Una granada? Sí, por allí muchos mueren así. Y como querían dejarle allí, como una bestia para que se lo comieran los cuervos, yo cogí a uno de los muchachos y le pagué para que me lo trajera. Y el resto de los ahorros se lo quedará el costurero que está dentro. Yo creo que le vi a usted, con los del otro bando, cuando cargaban los cuerpos en el convoy. *(*Teresa *asiente.)* Y usted lloraba, y yo lloraba como usted. *Sancta Maria, Mater Dei...,* ruega por nosotros, pecadores... *(Se pone las manos en la cara gimiendo.)*

TERESA.– Lo enterraremos mañana.

MARÍA.– Al mío también, si es que el de la funeraria termina bien el trabajo. *(Pausa.)* ¡Sí, tendrá los tiros de honor y la bandera! Como si eso nos fuera a traer de vuelta. Vendrá el cura a leerle algo, y pondremos flores sobre su tumba para embellecer a los gusanos, para que tengan algo verde para comer.

TERESA.– No iré. No sabré mentir a la muerte.

MARÍA.– Yo tampoco quiero ir. Estarán los superiores que ordenaron su muerte y los compañeros que quizás nunca le ayudaron. Se dirán cosas para aplacar la conciencia de cada uno. En el fondo todos se alegrarán de estar vivos, porque es lo que a todo el mundo le pasa en los entierros, saber que es el otro el que va en la caja... Y allí volverán a hacerle una víctima..., volverán a utilizar su sangre para airear más odio todavía... *(Pausa.)* Contarán más mentiras, levantarán más bilis, aplaudirán su muerte como necesaria, y su fin como inspi-

rador de una causa... ¡Salvajes mentiras de mediodía! Yo no podré aguantarlo, gritaré, diré a todos lo que pienso, les escupiré si es posible, me conozco... Tanto honor me subirá la ansiedad, tanta patria me dará diarrea, perderé el control de mis nervios, me conozco bien.

TERESA.– Hay que hacer algo.

MARÍA.– ¡¡¡Hay que hacer algo!!! *(Larga pausa. Dando vueltas de un lado a otro, hasta que se ilumina la cara con una idea.)* ¿Y por qué no los cambiamos? Yo enterraré a su hijo como mío y usted al mío como suyo. Serán sepultados en la verdad, en el camposanto enemigo haciendo justicia, mostrando que todos somos hermanos... No, no me mire así... *(*Teresa *la mira como si estuviera demente.)* Le aseguro que no estoy loca...

TERESA.– No se puede hacer eso.

MARÍA.– ¿Y por qué no? ¿Qué podemos hacer ahora? ¿Seguirles la corriente? ¿Pensar que hubo una buena razón para morir a los veinte años? ¿Por qué los del norte valen más que los del sur? ¿Por qué todos los unos son unos terroristas y los otros más terroristas que los otros? Porque la tierra... ¿Es que no hay otras maneras de hablar de quién es la tierra? Todos sabemos que la tierra, igual que nuestras cenizas, pertenece a Dios...

(Pausa.)

MARÍA y **TERESA.–** *Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostrae.*

MARÍA.– Piénselo bien... ¿Qué otra cosa podemos hacer ahora? ¿Quién nos oirá? ¿Cómo nos quejaremos? ¿Cómo recibiremos justicia por lo que nos han robado de nuestras entrañas? *(Pausa.)* ¿Quién está ganando con esta guerra? ¿Quién se llena los bolsillos de ascensos, dinero y poder? *(Pausa.)*

Yo no creo en casi nada..., y fíjese la gracia..., y ahora no paro de acordarme de la virgen..., que a su hijo también lo mataron y la pobre se lo tuvo que llevar liado en una tela para sepultarlo.

TERESA.– *(Se levanta)* Sí. Llore usted a mi hijo, que yo lloraré al suyo.

MARÍA.– *(Saltando de júbilo.)* ¡Qué alegría ver que usted está de acuerdo... y cada uno recibirá las glorias del otro y así estaremos seguras de que nadie vuelve a mentirnos ni a usarnos. *(Pausa. Riendo locamente)* Y los militares darán gloria al adversario, y a partir de ahora su bandera será mi bandera..., porque la muerte no tiene fronteras y nosotras tendremos la honestidad que necesitamos. Yo iré cada semana a ponerle flores a su hijo y le rezaré para que, esté donde esté, que es también donde estará mi hijo, esté en paz... *Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus. (Pausa.)* ¡Lo que es la vida! Estarán juntos como cuando el resfriado... Como cuando el resfriado

MARÍA y **TERESA.–** *Nunc et in hora mortis nostrae...* Estarán el uno con el otro..., como nosotras..., ahora y en la hora de nuestra muerte, amén.

ESPERANDO EL BUS

Juan Luis Mira

Parada del 21. Hoy

13:01 horas de la mañana. El 21 acaba de pasar. En la parada, CHARLI *y* LOLES, *sentados en un banco.* CHARLI *mete la cabeza entre las piernas, está mareado.*

LOLES.– ¿Se te pasa? ¿Se te pasa...? *(*CHARLI *levanta la cabeza unos segundos.)*

CHARLI.– ¿Qué?

LOLES.– ¿Estás mejor?

CHARLI.– Sí. *(Mentira: está hecho polvo.)*

LOLES.– Respira por la nariz, Charli, así... Verás como te sientes mejor, ya lo verás... No tomes mucho aire, que creo que es peor... *(*CHARLI *emite un sonido ininteligible.)* Eso es a lo mejor porque te ha pillado con el estómago vacío y, claro, la impresión pues... ¿Qué dices? *(Sonidos guturales de* CHARLI.*)* ¿Quéee?

CHARLI.– Joder, Loles, que te calles, que me estás mareando todavía más...

LOLES.– Perdona, perdona.

CHARLI.– Vale... *(Vuelve a su posición fetal.)*

LOLES.– Oye...

CHARLI.– Mmmm.

LOLES.– Estaba... horrible. Con lo bueno que estaba y ya ves, qué fea es la muerte...

CHARLI.– Mmmm.

LOLES.– Bueno, no siempre. Si hubieras visto a mi abuela...

CHARLI.– ¿Mmmm?

LOLES.– Sí, mi abuela, cuando se murió le cambió la cara un montón, pero para bien. Tenía la piel suave y una sonrisa como de descanso..., como si se fuera de vacaciones... y...

CHARLI.– ¿Has dado un cursillo?

LOLES.– ¿De qué?

CHARLI.– De largar, tía, no paras...

LOLES.– Te estaba mareando...

CHARLI.– ¿Por qué no has cogido el bus?

LOLES.– ¿Qué?

CHARLI.– Ahora veremos cuándo pasa el siguiente...

LOLES.– Dentro de una hora.

CHARLI.– ¿Una hora?

LOLES.– Pasa cada hora.

CHARLI.– ¿Sueles venir a menudo?

LOLES.– Todos los fines de semana me digo: ¿dónde me voy de excursión? Pues... ¡voy a darme un paseíto por el Tanatorio a ver quién se ha muerto...! ¡Pareces imbécil, tío!

CHARLI.– Como te sabes el horario...

LOLES.– Porque es la tercera vez en un año que paso por aquí: primero mi abuela, luego un vecino y ahora... ¿Y tú?

CHARLI.– La primera y la última.

LOLES.– Desagradable, ¿eh?

CHARLI.– Un palo.

LOLES.– La cara de la muerte, tío.

CHARLI.– Hablas como el de Literatura...

LOLES.– Estaba to feo.

CHARLI.– Cómo quieres que estuviera, después del trompazo que se pegó...

LOLES.– Y también hace mucho que al tener los ojos cerrados, no se le veían. Y como él tenía esos ojazos verdes, así, pues...

CHARLI.– ¿Rafa tenía los ojos verdes?

LOLES.– Más verdes que un pecao.
CHARLI.– No me había dado cuenta...
LOLES.– Tú no se los has visto como yo...
CHARLI.– Menudo ligón estaba hecho, qué cabrón...
LOLES.– No era un ligón, era un encanto. Es un encanto. Cómo cuesta decir «era».
CHARLI.– Ahora ligará con los gusanos.
LOLES.– Es capaz.
CHARLI.– Y que conste que era una chaval que me caía bien.
LOLES.– A mí también me caía bien. O sea... quiero decir que...
CHARLI.– Ya. *(Nueva arcada.)*
LOLES.– ¿Otra vez? ¡El sexo fuerte! *(Llega* SAID, *con el monopatín. Se acerca al panel donde se informan de los horarios.)* Una hora casi.
SAID.– ¿Qué?
LOLES.– Que acaba de pasar el bus y hasta dentro de una hora más o menos no vuelve a pasar otro.
SAID.– Quería llegar a Filosofía. Para una vez que iba a entrar en clase...
LOLES.– *(De broma.)* Vete en monopatín...
SAID.– He venido así...
LOLES.– ¿Desde el Instituto?
SAID.– Pues claro. Esto me lleva a todas partes, tía. Lo que pasa es que no llego a tiempo... ¿Qué le pasa?
LOLES.– Ha sido ver a Rafa y darle un bajón...
SAID.– Natural. *(*CHARLI *saluda y vuelve al redil.)* ¿Lleváis mucho tiempo esperando?
LOLES.– Cinco minutos. ¿Tú haces primero, no?
SAID.– Ajá.
LOLES.– Yo, segundo.
SAID.– Yo, tercero de primero.
LOLES.– ¿Tripites?
SAID.– Ajá.
LOLES.– Y qué, total, ya ves...

SAID.– Eso mismo le digo a mi padre. ¿Y qué...?

LOLES.– ¿Y qué dice tu padre?

SAID.– Mi padre nunca dice nada. Me arrea un capón y después se baja al bar.

LOLES.– Eres nuevo en el instituto.

SAID.– Sí. Mi padre quería que fuera a los Jesuitas, que tienen veinte campos de fútbol y piscina, pero allí no me dieron plaza. Repetidor y, además, moro, pues imagínate lo que me dijeron...

LOLES.– En mi clase tenemos dos de Marruecos, una ucraniana, una colombiana y, ¡ah!, un ruso y una china. Parecemos la ONU. Es divertido. Hablas muy bien español.

SAID.– Llevo mucho tiempo aquí. Mis padres llegaron cuando yo era un nano así.

LOLES.– Mi abuelo se fue a Alemania a buscar trabajo hace la pera. Ahora mi primo se ha ido también para allá. La historia se repite.

CHARLI.– Corta ya, porfa, que pareces la Danone.

LOLES.– Me llamo...

SAID.– Loles...

LOLES.– Qué sorpresa, sabes mi nombre. Charli, sabe mi nombre...

SAID.– Es que...

LOLES.– ¿Cómo lo sabes?

SAID.– Lo pone en la carpeta. *(Lee sobre la carpeta de* LOLES.*)* Lo-les.

LOLES.– Ah, vaya.

SAID.– Yo me llamo Said. *(*CHARLI *levanta la cabeza.)*

LOLES.– Charli.

SAID.– Said significa 'feliz'.

LOLES.– Te pusieron bien el nombre.

SAID.– Podían haber suspendido las clases. Es lo menos que podían haber hecho por Rafa, ¿no crees?

LOLES.– Es que como hacía ya más de dos meses que no se pasaba por el Insti.

SAID.– ¿Sí?

LOLES.– Desde Navidad, cuando lo expulsaron.

SAID.– ¿Lo expulsaron?

LOLES.– Sí.

SAID.– ¿Por?

LOLES.– No sé. Nunca hablaba de eso.

CHARLI.– ¿Os habéis dado cuenta?

LOLES.– De qué.

CHARLI.– Ahora sí que lo han expulsado de verdad.

LOLES.– ¿Te encuentras peor?

CHARLI.– No, estoy mejor. Me ha venido un flas, así, de golpe. Mi viejo dice que la vida es como un partido, ¿no? Que te pueden sacar la amarilla, si te pones enfermo o te rompes una pierna, por ejemplo, ¿no?, pero al poco tiempo vuelves al terreno de juego. Hasta que un día, zas, la roja. Te sacan la roja y todo al carajo. Se acabó. A Rafa le han sacado la roja.

SAID.– Qué profundo, tío.

LOLES.– Los tíos es que no dejáis el fútbol ni para morirse.

SAID.– Si se pudiera recurrir...

LOLES.– ¿Qué?

CHARLI.– Al comité ese de competición. Imagínate que te quejas a..., yo qué sé..., la Federación del Más Allá..., ¿no? A su presidente...

SAID.– Diossss.

CHARLI.– A ese, por ejemplo. Podía quedar todo como una simple amonestación.

LOLES.– A lo mejor Rafa no quería recurrir.

SAID.– ¿Lo conocías mucho?

CHARLI.– No se lo podía quitar «de encima...».

LOLES.– No seas capullo, Charli. Éramos buenos amigos. Últimamente estaba un poco raro y desde que su padre le compró la moto pues apenas le veía el pelo.

CHARLI.– Ni tú ni nadie.

SAID.– Si hubiera ido como yo, en monopatín... Algo le pasaría. Era un tío genial.

CHARLI.– Genial.

LOLES.– Un encanto.

CHARLI.– Y no es justo, no es justo. ¿Por qué la tiene que palmar gente como Rafa, o gente que queremos? A una amiga de mi hermana, el otro día, puaf, su novio. Así, de repente. Puaf. Se iban a casar en abril, tenían ya el piso. Se cuidaba un montón. Era pívot. Y de repente, puaf, un coágulo de mierda, en el coco. Puaf, muerto.

SAID.– Y mira que hay vivos por ahí dando por...

CHARLI.– Mogollón. *(Levantándose.)* Voy a ver si pillo una cocacola y se me pasa esto... ¿Dónde habrá un bar por aquí?

LOLES.– En el tanatorio hay uno que está muy bien.

CHARLI.– Allí no vuelvo ni muerto...

LOLES.– Cruzas y hay otro, aunque bastante cutre...

CHARLI.– Acompáñame, anda...

LOLES.– Vamos, pringao.

SAID.– Voy con vosotros y me pillo un bocata, que con todo este follón no he almorzado...

CHARLI.– ¿Tienes hambre?

SAID.– Cantidad. A mí no se me pasa el apetito ni aunque me dé un patatús. Además, el patinete este da un hambre...

LOLES.– El muerto al hoyo y el vivo al...

SAID.– Cuscús.

LOLES.– Anda, vamos.

(Salen. Oscuro.)

PUPITRE VACÍO

Miguel Murillo Gómez

Un rincón de aula en el que permanece un pupitre vacío. A cada lado del pupitre, sentadas en una silla, María *y* Cris, *dos alumnas de secundaria.* María *escribe en una libreta.* Cris *enreda con su móvil.*

MARÍA.– ¿En qué quedamos, tenía gafas o no tenía gafas?

CRIS.– Y yo qué sé, tía... ¿Eso qué importa?

MARÍA.– Importa...

CRIS.– ¿Por qué?

MARÍA.– Porque importa...

CRIS.– ¿Importa? ¿Para un trabajo de lengua sobre la soledad importa si el protagonista tenía gafas o no las tenía? Flipas...

MARÍA.– *(Se sienta en el pupitre.)* «Cuando tenía ocho años, mi madre se dio cuenta de que no veía bien y me llevó al oculista... Salí de allí con gafas de culo de vaso... Entonces me entró la manía de mirar siempre hacia el suelo...».

CRIS.– *(Mientras* María *se levanta del pupitre y ocupa su silla.)* ¡Ah! Ya me acuerdo... Tenía gafas de culo de botella y parecía un viejo... Siempre iba mirando hacia abajo... Mirasuelos le llamaban... *(Consulta el móvil.)* Empate... ¿Me oyes?

MARÍA.– ¿Qué dices?

CRIS.– He tuiteado la pregunta... «¿Gafas sí, gafas no?». Y la mitad dice que sí, y la otra mitad, que no...

MARÍA.– Tenía gafas...

CRIS.– *(Abandona su silla y se sienta en el pupitre vacío.)* «Será anormal... Pues no va y me dice que le gusto... ¡Joder, tía! ¡Qué

fuerte! Que le gusto al Mirasuelos... ¿Te imaginas? El Mirasuelos y yo por la calle... Antes me cambio de sexo o me meto monja... Pero si parece...». *(Ocupa de nuevo su silla.)*

MARÍA.– *(Lee lo que lleva escrito.)* «... por su forma de andar, mirando hacia abajo debido al complejo que tenía a causa de las gafas de culo de botella que utilizaba..., por eso le llamaban Mirasuelos. Nunca faltaba a clase y era bueno en ciencias..., muy bueno. Pero no tenía amigos. En los recreos se sentaba siempre en una esquina, refugiándose de los que se entretenían metiéndose con él...». *(Arruga la hoja.)* ¡Joder, tía, esto es una mierda!

CRIS.– ¿Qué es una mierda? ¿El instituto, la vida, tu móvil...? Sí, es una mierda... Pero es nuestra mierda...

MARÍA.– *(Lanza la hoja arrugada.)* El trabajo... Es una mierda.

CRIS.– ¿Te has vuelto loca? Pero si es precioso... Nos está quedando precioso... *(Recoge la hoja arrugada que María ha lanzado lejos y la estira.)* «... nunca le vimos con chicas... Desde luego con nosotras, sus compañeras, nunca intentó...». *(A María.)* ¿Qué dices? ¿Cómo que nunca?

MARÍA.– Nunca...

CRIS.– ¡Que sí, tía! ¡Que lo intentó!

MARÍA.– ¿Con quién?

CRIS.– Conmigo...

MARÍA.– Perdona... Ahora la que flipa eres tú... ¿Contigo?

CRIS.– Sí.

MARÍA.– ¿Su amor secreto o algo así...?

CRIS.– Sí, tía... Pero no te cachondees de mí... No me gusta tu tono...

MARÍA.– ¡Vaya puntazo! ¡Qué fuerte! El Mirasuelos y tú...

CRIS.– ¡Eh, eh, eh! Digo que lo intentó...

MARÍA.– *(Ocupa el pupitre vacío.)* «... yo la esperaba todas las mañanas en la puerta del instituto... Me gustaba su forma de

caminar alegre, riendo siempre... Daba la sensación de frescura..., de aire puro... Pasaba por delante de mí y su olor me llegaba muy adentro... Pero jamás se cruzaron nuestras miradas...». *(*María *se sienta de nuevo en su silla.)*

CRIS.– Lo intentó, sí. Era un pesado... Todas las mañanas me lo encontraba en la puerta del instituto con esa cara de viejo...

MARÍA.– Eran las gafas, mujer... Tenía gafas.

CRIS.– Lo que sea... Me acercaba a él adrede... y bajaba la mirada al suelo... *(Animando a* María.*)* Pero tía... El trabajo está de puta madre. El de Lengua nos aprueba, seguro...

MARÍA.– Vaya morro... El trabajo lo estoy haciendo yo... Tú sigue con tu Twitter...

CRIS.– Yo pongo la inspiración. Soy tu musa y tu centro de datos... ¡Venga! Pregúntame otra cosa que no sea lo de las gafas... Y mis colegas nos dan la respuesta...

MARÍA.– *(Se sienta en el pupitre.)* «... me citó en el parque a las ocho... Estuve toda la tarde con un ataque de nervios. Mi madre me hizo una tila... No le dije por qué estaba así, ¡faltaría más! Y me eché colonia... Yo nunca uso colonia, pero, no sé, me pareció que ella..., pues que le gustaría... Hasta... *(Avergonzado.)* hasta intenté quitarme estas gafas... No... *(Cabreado.)* ¡Joder! No veo nada sin ellas... Pero yo no puedo insistirle a mi madre... con lo de las lentillas... porque mi madre... *(Se le hace un nudo en la garganta.)* mi madre no puede... Mi madre está sola... ¿Comprendes? Mi madre friega casas y eso... Y mi padre... Pues... no está... Y no puede...». *(Ocupa su silla.)*

CRIS.– *(A* María.*)* Yo hubiera elegido algo diferente... Un paisaje, el desierto... La soledad, ya se sabe... para el trabajo.

MARÍA.– *(Mira inquisitivamente a* Cris.*)* ¿Le citaste en aquel parque?

CRIS.– *(Nerviosa.)* Sí... ¿Qué pasa?

MARÍA.– ¿Estuviste con él, con Mirasuelos, en el parque?

CRIS.– Sí. ¡Joder! Ya te lo he dicho...

MARÍA.– ¿Por qué?

CRIS.– *(Ocupa el pupitre.)* «... fue idea de Mariano y su gente... Una idea para pasar la tarde en plan..., sin más. A las ocho fui y estaba allí, sentado en aquel banco... ¿Qué demonios se ha echado encima? ¿Colonia de viejo? Atufa... Me senté a su lado y, bueno..., empezó a decirme cosas... Estaba nervioso... Luego se me ocurrió aquello...».

MARÍA.– *(Mientras* CRIS *vuelve a su silla.)* ¿Fue aquel día? ¡Responde, Cris! ¿Fue el mismo día?

CRIS.– *(Tras un silencio sostenido por la mirada interrogante de* MARÍA.*)* Sí. Fue ese día..., la tarde antes...

MARÍA.– ¿Qué ocurrió, Cris?

CRIS.– Te juro que solo era un rato de cachondeo...

MARÍA.– *(Ocupa el pupitre.)* «... mientras la esperaba, entendí por qué la soledad, muchas veces, no resulta dolorosa... Apareció entre los árboles del paseo central y llegó hasta el banco. Se sentó a mi lado y noté su olor fresco..., tenía ganas de acariciar la piel de su cuello... Estaba muy hermosa..., mucho. Me dijo que si usaba colonia antigua... Sí, de mi padre... Un bote que se dejó en casa cuando se fue... Igual es antiguo, sí... Me cogió la mano y fue cuando temblé como una hoja..., una hoja de árbol, claro... Y me quitó las gafas...». *(*MARÍA *vuelve a su sitio.)*

CRIS.– Solo era un juego. Le quité las gafas porque quería comprobar si era un viejo o no.

MARÍA.– Estás loca... Era un compañero de curso. Se sentaba en ese pupitre. Tenía nuestra edad... ¿Cómo iba a ser un viejo?

CRIS.– ¿Sabes lo que ocurrió? *(Atormentada.)* ¿Sabes qué descubrí cuando me dejó quitarle las gafas y alzó la mirada del suelo? ¿Lo sabes, María?

MARÍA.– ¡No!

CRIS.– Era guapo... Muy muy guapo...

MARÍA.– ¿Qué dices? Tú fumas algo..., tía.

CRIS.– Que era guapo, joder... Y yo tenía sus gafas en las manos... Y Mariano y los otros dos se acercaban en silencio por detrás del banco mientras yo le...

MARÍA.– ¿Tú qué?

CRIS.– Le besaba.

MARÍA.– ¡Coño!

CRIS.– Le besaba, María... Para hacer tiempo a que llegaran aquellos y darles sus gafas...

MARÍA.– *(Ocupa el pupitre.)* «Y me besó... ¡Oh, Dios! No sé cómo describir el momento... Ella me estaba besando en un beso largo y cálido..., en mi primer beso... *(Serio.)* Separó sus labios de los míos, se levantó y salió corriendo... Yo... yo no sabía qué hacer. La llamé..., quise ir detrás de ella, pero no encontraba mis gafas... Hasta que escuché las carcajadas y vi a Mariano y a sus colegas detrás del banco... Mariano se había puesto mis gafas y me imitaba entre las risas de los otros... Cuando se cansaron, me tiraron las gafas a una fuente y se marcharon descojonándose...». *(Vuelve a su sitio.)*

CRIS.– Te juro que... Desde entonces no dejo de mirar a ese pupitre...

MARÍA.– ¿Cómo pudiste hacer eso?

CRIS.– Intenté detener aquello, pero Mariano había cogido las gafas de mi mano mientras le besaba... Y huí de allí...

MARÍA.– Se subió a la muralla y se lanzó desde allí. Lo encontraron aquella madrugada los jardineros... *(Toma el cuaderno y escribe.)* ¿Tenía o no tenía gafas? ¿Importa algo para construir un personaje en un trabajo sobre la soledad...? Responde, Cris..., ¿importa algo?

CRIS.– *(Se sienta en el pupitre.)* «Me contaron que los jardineros recogieron su cuerpo roto, pero no encontraron sus gafas...».

MARÍA.– *(Escribe.)* «... se llamaba Carlos y cuando se quitaba las gafas era guapo, muy, pero que muy, guapo...».

(Final.)

¡CARGAS, 2012!

Ángel Navas Mormeneo

Personajes: MINISTRO
JEFE DE POLICÍA
UN POLICÍA

ACTILLO

Se ilumina, en primer término, la figura del MINISTRO, *sobre los sesenta años, dirigiéndose al público.*

MINISTRO.– La policía estamos para proteger el libre ejercicio de derechos y libertades y garantizar la seguridad del ciudadano. Los derechos de reunión y manifestación son esenciales en democracia. Nuestra misión es restablecer el orden e impedir el caos. Y velar por la paz y la tranquilidad, actuando con la fuerza proporcionada.

(Desaparece el MINISTRO *y, sin solución de continuidad, se ilumina, en segundo término, la figura del* JEFE DE POLICÍA, *sobre la cincuentena, dirigiéndose a una supuesta concurrencia de policías.)*

JEFE DE POLICÍA.– Todo perfecto. No os pongáis nerviosos. Son palabras del ministro. Para la galería. Ya sabéis, antiguo guerrillero de Cristo Rey. ¿Proporcionalidad? Una leche. Si hay que crucificar a alguien, se hace, pero que jamás os toquen. ¿Estamos?

(Aparece un POLICÍA, *pertrechado para una carga. Sobre los cuarenta años.)*

UN POLICÍA.– Sí, jefe.

JEFE DE POLICÍA.– No olvidéis que únicamente el Estado tiene el monopolio de la violencia. Porrazos, patadas, balas de goma con núcleos de acero, gases lacrimógenos, detenciones, multas... ¿Contra quién, esta vez? Indignados acampados. O, lo que es lo mismo, perroflautas antiglobalización. Disolver la manifestación y las sentadas. Habrá grupos radicales y violentos, colectivos antisistema, convocados a través de las redes sociales, con los consiguientes actos vandálicos y sus técnicas de guerrilla urbana, que tanto afean la imagen de España. Así que prietas las filas contra los enemigos. Que la gente tenga más miedo al sistema. A convertir su frustración en resignación. ¡Cumplid con vuestro deber!

UN POLICÍA.– A la orden, jefe.

(Desaparece el JEFE DE POLICÍA. *Queda solo en escena el* POLICÍA.*)*

UN POLICÍA.– *(Cambio de tono. Más coloquial. Dirigiéndose a sí mismo.)* Sentido común, Manolo. Acata la orden, pero actúa con la justa medida, según la situación lo requiera. Sin embargo, si no obedezco ciegamente las órdenes de arriba, me atendré a las consecuencias. *(Dirigiéndose al público.)* Ciudadano, trabaja y calla. No te pases de la raya. Sé gente de bien. Que no tengamos que intervenir los *robocops*. Eliminar la imagen de que el uniformado es el enemigo y convertirlo en el amigo, en quien puedes confiar. Pero no. Siempre hay insumisos, vándalos y turbulentos cretinos quemando las calles. Y tenemos que ir nosotros a apagarlas. No hay más remedio.

»*(Ligero movimiento correspondiente al traqueteo de la furgoneta.)* Estamos en el interior de la furgoneta. Siento el agitado respirar de mis compañeros. Las consignas están dadas. Ya llegamos. Diviso las pancartas. Las de siempre. "No hay

pan para tanto chorizo". "Soy nini, ni me conformo, ni me resigno". "No es una crisis, es una estafa". "Desahucian al obrero, indultan al banquero". "No tenemos trabajo. No tenemos casa. No tendremos pensión. No tendremos futuro". "Gastos eclesiales para gastos sociales". "Gastos militares para escuelas y hospitales". "Reforma laboral, a la Casa Real". "Contra los recortes". También yo he visto recortado mi sueldo. "El próximo recorte será vuestra cabeza". "PSOE y PP la misma mierda es". "No nos representan". "Lo llaman democracia y no lo es". "Hijos de Franco". "Fascismo y monarquía, la misma porquería". "Ciudadanos, no súbditos". "No hay justicia para el pueblo, no habrá paz para el Gobierno". "La fuerza de la razón contra la razón de la fuerza". "Menos policía, más educación". "Si la represión no se frena, nosotros tampoco". "Con la que está cayendo, ser policía vergüenza nos daría". Estas me ponen. "Picoletos y guripas, uníos a la manifa". "Maderos contra el pueblo". Yo soy de extracción popular. Hijo de labrador. De hijo del pueblo a hijo del cuerpo. "Mercenarios del capitalismo, a perpetuar la mentira establecida". Si yo no lo fuera, lo sería otro. Última pancarta, "La revolución es nuestra auténtica droga". *(Moviendo la cabeza negativamente.)* ¡Qué sabréis vosotros, caterva de vagos, maleantes, moñas y drogatas!

»Hemos llegado. A cumplir las órdenes. Nos gusta obedecer y que se nos obedezca. *(Como saltando de la furgoneta.)* ¡A por ellos! ¡A apalear hasta sangrar! *(Frenética actividad. Porra en mano, de un lado a otro del escenario, repartiendo porrazos y puntapiés al aire, a diestro y siniestro, supuestos manifestantes.)* Vais a desalojar, cagando leches, panda de terroristas. No tenéis trabajo, pero bien que trabajáis lanzándonos adoquines y piedras. Sois basura, si no tenéis casa, ¿por qué incendiáis los contenedores, donde deberíais vivir? No tendréis pensión y por eso rompéis y desvalijáis escaparates y robáis en las tien-

das que asaltáis. No tendréis futuro, pues os voy a dejar un recuerdo para el futuro. Toma, Jeroma, pastillas de goma.

»*(Más calmado.)* Vaya, hombre, un yayoflauta. ¿Qué haces mirando, viejo? ¿Te crees que tienes bula? ¡Ciudadano de a pie! ¿Ah sí, y qué opina el ciudadano de a pie? *(Remedando con recochineo.)* "Legítimo cabreo de la ciudadanía. Eliminad la causa, no los resultados". ¡Qué sabrás tú, izquierdoso! Vigilas a ver si nos propasamos. ¿Que no tienes nada que ver con estos alborotos? Pues quédate en casa. Vamos, ahueca rápido o te meto una guindilla por el trasero.

»*(Hacia otro lado. Imitando la voz de una niña.)* "Marionetas de gobernantes, banqueros y neocons de mierda. Terrorismo de Estado". ¿Que no hacías nada, niñata? Con lo que has dicho, sobra. *(Atizando.)* Además, ¿quién te manda estar en el lugar equivocado? Ajo y agua. Así aprenderás. Llora, nenaza. Me resbalan tus lagrimeos.

»*(Hacia otro lado.)* Y tú, ¿qué me enseñas? ¿El carnet de periodista? Anda, camina, que aún te la vas a llevar por listo. ¿Que si te podría dar el número de placa? Te voy a dar otra cosa. Sal pitando o te pateo el culo.

»*(Hacia otro lado.)* ¿Qué, encapuchado, provocando a la gente a la violencia? ¿Arrojando más gasolina al fuego? *(Amagando y no dando. En voz baja.)* Joder, perdona, compañero, con esa capucha y esa pinta no te había reconocido.

»¡Desplácense! No se agarren unos a otros. Es atentado pasivo. *(Arrastrando a un supuesto manifestante, mientras le sacude.)* ¡Levántate, cabrito! ¡Me importas un comino! Y quítate el pasamontañas, o te doy un porrazo que te lo arranco de cuajo. *(Quedándose sorprendido, con la porra a media asta.)* ¡Anda la osa, lo que me faltaba! ¿Tú, también, hijo mío? ¡Qué haces aquí, Arturito! ¡Deberías estar en clase!

(Telón.)

IN MEDIAS RES

Alfonso Plou

Para Chema.

Banco en un parque. Dos hombres de mediana edad dialogan mientras fuman. Pajaritos. La representación comienza con un silencio.

JOTA.– Oye.
DÉ.– ¿Sí?
JOTA.– Repíteme lo que dijiste antes.
DÉ.– ¿Antes, cuándo?
JOTA.– Joder, antes.
DÉ.– ¿Lo de no saber de dónde vengo y no saber a dónde voy?
JOTA.– No, hombre, no. Eso lo decimos todos.
DÉ.– Entonces, ¿qué?
JOTA.– Si supiera lo que has dicho, no te lo preguntaría. Es algo que me ha hecho reflexionar, pero no sé muy bien qué has dicho. Era algo sobre una vaca.
DÉ.– Una vaca. No he dicho nada de una vaca. Realmente estás un poco tocado.
JOTA.– Tocado. Sí, la verdad es que...
DÉ.– ¿Qué sentido tiene...?
JOTA.– Estoy como unas maracas.
DÉ.– Una vaca.
JOTA.– Me pasa. Así. Habitualmente. Me quedo *in albis*.
DÉ.– ¿Qué cojones podría decir de una vaca?
JOTA.– Yo qué sé. ¿Te crees que me importa?

DÉ.– No te pongas estupendo, Jota. Si me lo has preguntado, era porque te interesaba.

JOTA.– O porque quería prolongar la conversación, yo qué sé.

DÉ.– ¿Hace cuánto que no nos veíamos? ¿Cinco, ocho años? ¿Hace cuánto que no nos veíamos?

JOTA.– Ya lo estuvimos pensando antes. Y no llegamos a ninguna conclusión. Mucho tiempo. En todo caso, ¿qué más da?

DÉ.– Pues aquí estamos. Como entonces. Peleando por una estupidez. Una vaca. ¿Qué cojones puedo decir sobre una vaca?

JOTA.– Era una expresión rara. Era algo en mitad de un discurso. Estabas con tus estupideces del mundo detenido, del pasmo, del *shock* y de que no sabes a dónde tirar con tus 44 años y tu mujer y tus hijos y tu profesión de mierda, que es una mentira; y entonces, entonces salió a relucir el ternerillo, un ternerillo en mitad de toda tu verborrea pastosa. Y yo lo vi, caminando en mitad del campo de tus palabras terrosas, y me gustó y me hizo reflexionar.

DÉ.– Realmente estás como unas maracas.

JOTA.– Eso ya lo dije yo antes, Dé. Estoy zumbado como un abejorro en un tarro de cristal. Eso es, en un tarro de cristal veo la vida pasar... ¡En un tarro de cristal veo la vida pasar! Venga, Dé, canta conmigo.

DÉ.– Déjame en paz, zopenco.

JOTA.– ¡Uy!, zopenco. Mira lo que me ha dicho: zopenco. ¿Sabes lo que te pasa? ¿Sabes de verdad qué coño te pasa?

DÉ.– Dímelo.

JOTA.– Que estás muerto, Dé, que estás jodidamente muerto en mitad de un pantano. Y hueles tu propia putrefacción.

DÉ.– Mira quién fue a hablar: el neurona torcida.

JOTA.– Ahí has estado: el neurona torcida. Eso me gusta. Zopenco, no. Neurona torcida, sí. Esa me la llevo junto con la vaca o el ternerillo o lo que putas sea que dijiste, cabrón.

DÉ.– No sé cómo te aguanto.

JOTA.– No lo haces, Dé. Has estado cinco, ocho años evitándome y ahora me sigues el rollo solo porque sabes que me vas a evitar otros cinco, ocho años. Y piensas: total, le aguanto un poco al neurona torcida este y me voy con mi podrida conciencia tranquila a otra parte y puedo dormir esta noche en paz. No te preocupes: yo te perdono. Tampoco fui un santo y te las metí dobladas. Soy consciente de ello. Nuestra amistad es un barco fantasma a la deriva por el mar de los espantos.

DÉ.– Salió el poeta. ¿Sabes cuál es nuestro problema? Que a esta edad los muertos pesan más que los vivos. El dolor de las pérdidas, ¿sabes?, el dolor de las culpas. Nos pasamos toda la vida escogiendo entre lo malo y lo peor, lo malo y lo peor, y a estas alturas la suma de nuestros errores es considerablemente mayor que la de nuestros posibles aciertos. Aristóteles *dixit*.

JOTA.– No me jodas otra vez con el puto Aristóteles. Yo también me leí la *Poética*, yo también hice mis pinitos con la escritura teatral. Ya me ves, ni soy actor ni escritor ni siquiera un técnico de habas. A veces un machaca y gracias. Me tenéis en la picota porque se me fue la olla. No soy el único. Pero al menos yo soy de verdad: nada, pero una nada de verdad. Y tú eres un jodido escritor que no escribe, un artista que no crea, un hombre que no folla. No me das envidia. Te compadezco. Suele pasar: cuando llegas a la cima resulta que era un desierto. *Kaputt*. A la mierda. *C'est tout*.

DÉ.– Bonito cigarrillo. Bonita conversación. ¿Sabes? Creo que recuerdo de dónde salió la vaca. Dije: *in medias res*. Decía que estamos en ese momento en mitad de las cosas, en mitad de los sitios, en mitad de las vidas..., en que parece que

no caminamos ni para adelante ni para atrás. Ese puto punto medio de la trama que parece no tener sentido.

JOTA.– Esa era, sí: *in medias res*. La vaquita con sus calcetines pastando en mitad de la palabrería hueca de un pedantón más. El problema es que yo no creo que estemos en mitad de nada, sino que la nada está en mitad de nosotros. Y no es lo mismo. ¿Qué pasa si tras el planteamiento, todo es nudo, todo es nudo y no hay desenlace? ¿Qué cojones pasa si nada va a nada? Si nos quedamos en este magma continuo, si no aprendemos nada y al final nos morimos y se acabó. ¿Quién te ha dicho a ti que vas aprender algo si eres un idiota?

DÉ.– Nadie, Jota, nadie. Y tienes razón y es lo que te quería decir. Que puede no haber final, que no tiene por qué haber desenlace. Y no pasa nada, ¿sabes?, no pasa nada.

(Silencio. Abrazo. Oscuro.)

PERMISO PATERNO

Susana Sánchez

Dedicada a todos los
emigrantes de un único mundo.

Basado en hechos reales: hace mucho tiempo, en una galaxia muy cercana.

Irrumpe la HIJA *en la casa de los padres, donde estos pasan apaciblemente la tarde de ese domingo. La* HIJA *apaga la tele y les mira eufórica.*

HIJA.– ¡Papá, mamá, tengo algo importantísimo que contaros!
MADRE.– Pero no hace falta que apagues la tele...
HIJA.– Sí, sí hace falta.
PADRE.– Deja a la niña, que tiene algo que decirnos.

(Pausa. La HIJA *se sienta en una silla frente a sus padres. Los padres la observan expectantes. La* HIJA *respira hondo y arranca con decisión.)*

HIJA.– Estoy enamorada y soy correspondida.

(Pausa. Los padres se miran con perplejidad. Luego vuelven su mirada hacia la HIJA.*)*

PADRE.– Ah, pues eso está muy bien... ¿Y se puede saber de quién?
HIJA.– De Íñigo Moncayo.

(Silencio. La MADRE *comienza a pasar violenta y compulsivamente las hojas de una revista del corazón que hasta hace un instante estaba sobre la mesa.)*

MADRE.– ¡¡Íñigo Moncayo!! ¡¡Lo sabía, eso ya lo sabía yo!!

HIJA.– ¡Pero cómo lo ibas a saber tú si no lo sabía ni yo!

MADRE.– *(Sin levantar la vista de las hojas, que casi arranca mientras las pasa.)* ¡Ya! Si llevas semanas con cara de tonta cada vez que te llega un wasap.

HIJA.– Wasap de los ensayos...

MADRE.– ¡Sí, los ensayos!

PADRE.– *(Desconcertado.)* Pero ¿qué os pasa? ¿Quién es es Íñigo...?

HIJA.– *(Al borde del llanto.)* Moncayo.

MADRE.– *(Sin dejar de pasar las hojas ferozmente y con retintín.)* El director de la obra de teatro...

PADRE.– *(Parando de un manotazo la revista histérica de la* MADRE.*)* ¡¿Quién es ese Moncayo?!

(La MADRE *abre la boca, pero la* HIJA *interrumpe.)*

HIJA.– Y antes de que lo digáis vosotros, lo voy a decir todo yo: *(Toma aire.)* es bajito, gordo, calvo, 40 años, divorciado, tiene dos hijos de cinco, gemelos, es inmigrante, ilegal sin papeles y actor.

MADRE.– *(Cierra la revista y se pone de pie.)* ¡Pues, hija, no le falta de nada!

HIJA.– *(También en pie.)* ¡Sí, mamá, podía ser peor, podía ser negro!

MADRE.– ¡Sí hombre, negro! ¡Y judío!

PADRE.– *(Por primera vez se pone de pie para imponer su criterio.)* ¡¡¡Pues yo preferiría que fuera negro a que fuera actor!!!

MADRE.– *(Con vehemencia.)* No, Héctor, no. Eso no.

(Pausa. La HIJA *llora un poco, de nervios más que nada.)*

PADRE.– A ver, vamos a calmarnos. Estás enamorada, y eso está muy bien, de ese... Montoya.

MADRE.– Moncayo.

HIJA.– *(Balbucea.)* ¡Íñigo!

PADRE.– ¡Lo que sea! Tú estás enamorada...

HIJA.– ¡Y él también!

PADRE.– Y él también. Pues no pasa nada. Ya tienes 30 años; si te quieres ir a vivir con él, estupendo. Te vas a vivir con él. Pruebas. Mientras no os caséis...

MADRE.– ¡Ja!

PADRE.– A ver, mamá, que aquí nadie ha hablado de matrimonio.

HIJA.– Si hay que casarse, me caso.

PADRE.– ¡Pero si tú nunca has querido casarte con ninguno de tus novios!

MADRE.– ¡Ahora sí, ahora se casa!

(La HIJA *se encoge de hombros. Solloza.)*

PADRE.– Pero ¡¿por qué lloras?!

HIJA.– *(Con un jipido.)* Es que estoy muy contenta.

MADRE.– No me extraña que llore.

PADRE.– A ver: ¿cuánto tiempo has estado con tus otros novios?

HIJA.– *(Recomponiéndose un poco.)* Tres años con Darío, uno con Ricardo y cuatro con Nacho.

PADRE.– No hay que precipitarse. A ver, si quieres casarte, te casas dentro de... *(Calculando.)* dos años.

HIJA.– ¡¿Dos años?!

PADRE.– Cuatro, uno, tres, de media... dos años. Dentro de dos años, si estás igual, de enamorada y todo eso, te casas y ya está. Pero no te precipites. Dos años.

HIJA.– No me precipito. ¡¿Dos años?!
PADRE.– Dos años. No te precipites.
HIJA.– Es que os lo quería contar. Os lo tenía que contar.
PADRE.– Ya hija, eso está muy bien. Nosotros confiamos en ti.
MADRE.– ¡Puah!
PADRE.– Sí, claro que sí, confiamos en ella, ¿verdad, Mamá?
HIJA.– Es que yo os quiero mucho, y os lo tenía que contar.
PADRE.– Claro que sí, hija. Y nosotros a ti, no te preocupes. Conócelo bien primero. Dos años. No te vas a casar así como así, ¡tú de momento, no te cases! Dos años.
HIJA.– De momento no me caso. Dos años. Pero si hace falta ya ya, a mí no me importa.
MADRE.– ¡Esta chica es tonta!
HIJA.– ¡No soy tonta!
MADRE.– No, qué va.
PADRE.– ¡No es tonta! No la llames tonta, que tonta no es.
HIJA.– Os prometo... prudencia.
PADRE.– Esto está muy bien. Prudencia. Dos años. Y luego, si quieres, te casas.
HIJA.– Os lo tenía que contar. Lo teníais que saber.
PADRE.– Claro, hija, claro, muchas gracias por contárnoslo.

(La HIJA *besa a sus padres, enciende la tele, deja el mando sobre la mesa, al lado de la* MADRE, *y sale. La tele habla de la llegada masiva de inmigrantes en busca de un mundo de oportunidades.)*

PADRE.– ¡¡¡Esta chica es tonta del culo!!! ¡¡Pero tonta, tonta, tonta!!! Madre mía, ¡qué mala suerte! ¡Un actor!, lo que nos faltaba.
MADRE.– ¡Y con dos hijos, gemelos nada menos! Menos mal que están con la madre en su país.

PADRE.– ¿Y tú cómo sabes eso?
MADRE.– ¡Si lleva tres meses sin parar de hablar del famoso Montoya!
PADRE.– Moncayo.
MADRE.– ¡Lo que sea!
PADRE.– ¿Y de dónde es?¿Chileno? ¿Argentino? ¿Uruguayo?
MADRE.– Más arriba.
PADRE.– ¿Bolivia? ¿Venezuela? ¿Ecuador?
MADRE.– Mucho peor. *(Breve pausa, el* PADRE *no adivina.)* Español.
PADRE.– ¡¡¿Español?!!
MADRE.– Actor español.
PADRE.– *(Dejándose caer en el sofá.)* Pobrecita nuestra hija... ¡Qué mala suerte!
MADRE.– Quién sabe, a lo mejor le va bien y todo...
PADRE.– Ya, ya, pero ¡¿español?! ¡¡¿Español?!! ¡¡¡¿ESPAÑOL?!!!
MADRE.– Sí, Héctor, sí. Español, español, español.

(La MADRE *le coge la mano al* PADRE, *con la otra coge el mando y sube el volumen manteniendo ambos la mirada perdida ante la televisión, donde se escucha el himno de cientos de españoles borrachos coreando los goles del Mundial 2010: «¡¡Yo soy español, español, español, yo soy español, español, español, español!!».)*

PLANES DE EMPLEO

Enrique Torres Infantes

En un parque, una señal indica: «Zona de empleadores». Dos personas pasean, esperan a alguien. Son PEÓN 1 *y* 2. *Llevan sus currículums. Llega el* EMPLEADOR; *en su ropa hay escrito un eslogan: «¿Trabajas o trabajas?».*

EMPLEADOR.– ¿Solo dos?, qué vergüenza, desayunamos noticias indigestas, paro, déficit, prima de riesgo, mercados... ¿Es esta la realidad? ¡Vengo a ofrecer trabajo! ¡Lo que hoy no les mueve, mañana sonara a música! *(A los* DOS PEONES.*)* Así que ustedes dos...

PEONES 1 y **2.–** ¡Aquí estamos!

EMPLEADOR.– ¡Este país se muere; lo que no hagamos hoy, no podremos hacerlo nunca!

PEÓN 1.– ¡Yo estoy aquí!

PEÓN 2.– ¡Y yo!

EMPLEADOR.– Tengo trabajo para uno; deberá demostrar que puede hacer el trabajo de dos, un detalle importante, ¿me explico?

PEÓN 1.– ¿Solo para uno?

PEÓN 2.– Menos mal que solo estamos dos.

EMPLEADOR.– Ignorante, la competencia mejora la demanda.

PEÓN 1.– Pero no mejora la oferta.

EMPLEADOR.– Cuiden los comentarios, que como vine me voy.

PEÓN 2.– ¡Dispuesto!

PEÓN 1.– ¡Y yo!

EMPLEADOR.–¡Esa es la actitud! Empezamos por un duelo de autopromoción. Les daré unos segundos. Alternativamente, deberán venderse; si no saben venderse, siéntense en un banco y suspiren.

PEONES 1 y **2.–** ¿Qué hay que hacer?

EMPLEADOR.– ¿Se conocían de antes?

PEONES 1 y **2.–** Sí.

EMPLEADOR.– Cuidado..., hay que competir. Comienza el duelo... *(A* PEÓN 1.*)* Usted será oponente A, y usted, *(A* PEÓN 2.*)* oponente B... Brevedad y economía de palabras. ¡Oponente A, tiempo! *(*PEÓN 1 *no reacciona.)* ¿A qué espera?, a venderse...

PEÓN 1.– ¿Yo?, estudié Derecho...

EMPLEADOR.– ¡Qué manera de venderse!, ¿estudió Derecho?

PEÓN 1.– Sí.

EMPLEADOR.– ¡Usted es abogado!

PEÓN 1.– No soy abogado.

EMPLEADOR.– Error clásico, deben tomar nota, no quiten valor a su formación... Esta vez el consejo es gratis: estudió derecho, ¿no? Ponga en valor su debilidad y grite conmigo: ¡soy abogado!

PEÓN 2.– ¡No es abogado!

PEÓN 1.– ¿En qué quedamos?

EMPLEADOR.– Usted, segundo oponente, déjeme ver su currículum... *(*PEÓN 2 *lo entrega.)* Licenciado en Filosofía..., ¿es verdad?

PEÓN 2.– Sí.

EMPLEADOR.– Un cuasiabogado frente a un pensador de ideas inútiles, no hay por dónde cogerlo.

PEÓN 2.– ¿El trabajo en qué consiste?

EMPLEADOR.– El pensador y sus preguntas absurdas. Este país se reinventa, trata de construir un caudal de emplea-

bilidad. Cierto que con tímidos goteos, con trabajos esporádicos..., por algo hay que empezar.

PEÓN 1.– Preguntas concretas, sueldo y horario de trabajo...

EMPLEADOR.– Habló el cuasiabogado. ¿Ataduras familiares?

PEÓN 1.– Yo estoy separado.

PEÓN 2.– Yo voy a casarme.

EMPLEADOR.– Una pincelada más del curso gratuito: a la pregunta «¿ataduras familiares?» la respuesta es no, y punto, vacilaciones fuera.

PEÓN 2.– ¡No tengo ataduras!

EMPLEADOR.– ¡Bien!

PEÓN 1.– ¡Ni yo!

EMPLEADOR.– ¡Mejor! Tanto a favor. Esta oferta de trabajo requiere ciertas competencias, haremos una prueba sorpresa... ¡A denigrarse, por turnos!

PEÓN 1.– No sé si le he entendido.

EMPLEADOR.– Me ha entendido perfectamente.

PEÓN 2.– Si le he entendido quiero protestar.

EMPLEADOR.– ¿Damos el trabajo a su oponente?

PEÓN 2.– ¿En qué sentido lo dice?

EMPLEADOR.– ¿En qué sentido digo qué?

PEÓN 2.– Eso de denigrarnos.

PEÓN 1.– Yo acepto.

PEÓN 2.– Qué remedio, habrá que poner la otra mejilla.

EMPLEADOR.– Cita bíblica del pensador, tanto a favor. Oponente B, ¡denígrese!

PEÓN 2.– ¿Yo soy oponente B?

EMPLEADOR.– ¿Usted no retiene? Sean pragmáticos, mente activa, el dedo en el gatillo, agilidad mental y a disparar... ¡Denígrese!

PEÓN 2.– *(A PEÓN 1.)* ¡Dame una hostia!

PEÓN 1.– ¿Qué dices?

PEÓN 2.– ¡Que me pegues una hostia!
PEÓN 1.– Cuidado conmigo...
PEÓN 2.– Para trabajar hacen falta cojones, pégame una hostia.
PEÓN 1.– ¿No prefieres una patada?
EMPLEADOR.– ¡Resistencia al dolor! Punto positivo para oponente B.
PEÓN 2.– ¿Oponente B soy yo?
EMPLEADOR.– A punto de elegirle, ahora dudo, por desmemoriado y por lento.
PEÓN 1.– ¿No me va a dar la oportunidad de denigrarme?
EMPLEADOR.– Es lo justo, el listón está muy alto. ¡A denigrarse!
PEÓN 1.– Dejando de lado temas inmorales, estoy a su servicio, soy mañoso, arreglo cualquier cosa, puedo hacerle la compra..., pasear al perro..., ser canguro de sus hijos..., limpiarle la casa...
EMPLEADOR.– Servilismo barato... Les regalo otra lección... Lo interesante no es lo que se dice, sino lo que se deja de decir... Después de evaluarles tengo serias dudas... Un empresario ha depositado su confianza en mi empresa para seleccionar personal especializado, un importante proyecto de un empresario español, de Extremadura, tierra de conquistadores... Una ambiciosa cadena de hamburgueserías. De momento, abrirá la primera; ya vendrán las siguientes. Quiere publicidad de trinchera, cliente a cliente, que el argumento sea la palabra y la palabra el argumento. Este hombre era un incapaz y se ha convertido en una persona rica y cultivada, tomen nota. Apuesta por insertar pequeños brotes de cultura en su proyecto empresarial. Otra prueba, la apariencia física es un requisito fundamental. *(Se acerca a* PEÓN 1.*)* Tenga la bondad... *(Mete los dedos en su boca para mirarle la dentadura.* PEÓN 1 *balbucea, parece que va a vomitar.)*
PEÓN 1.– ¿Es necesario?

EMPLEADOR.– *(A* PEÓN 2*.)* Tenga la bondad... *(*PEÓN 2 *abre la boca y le explora la dentadura.)* Necesitan una limpieza urgente; en este trabajo hay que sonreír, señores...

PEÓN 2.– ¿Puede ser más claro?

EMPLEADOR.– Las mejores hamburguesas, calidad suprema, ternera, cerdo, pollo, pescado y vegetal..., fabricación casera; por poner un ejemplo, los animales son mimados hasta el momento del sacrificio.

PEÓN 1.– ¿Hay que cocinar?

EMPLEADOR.– ¿Carnet de manipulador de alimentos?, ¿cursos de cocina?, ¿experiencia en restauración?

PEÓN 1.– Algo, un bar de menús...

PEÓN 2.– Yo sabía de vinos antes de entrar en Alcohólicos Anónimos.

EMPLEADOR.– La clave de este empleo es la comunicación con los clientes. La persona contratada será debidamente disfrazada y recitará eslóganes a los transeúntes. Hay disfraces de pollo, de cerdo, de merluza, de calabacín, de ternera, de cordero, les aseguro que los diseños son fantásticos. Les falta una persona para completar el equipo.

PEÓN 1.– ¡Yo estoy dispuesto!

PEÓN 2.– ¡Y yo!

EMPLEADOR.– Prueba de improvisación, sepan que he invertido mucho tiempo en ustedes... Ahora serán publicistas, inventarán eslóganes... Imagínense disfrazados, incitando a los transeúntes a consumir hamburguesas Paco.

PEONES 1 y **2.–** ¿Paco?

EMPLEADOR.– ¿Expertos en *marketing*? Paco, sí, ¿qué pasa? ¿nombre más español que Paco?

PEONES 1 y **2.–** ¿Pepe?

EMPLEADOR.– ¡Hamburguesas Paco! Improvisen eslóganes inteligentes, reclamos sorprendentes. ¡Atención, oponentes!,

la lentitud, la parsimonia, el balbuceo dubitativo puntúan negativamente; el ingenio suma. A discreción..., ¡tiempo!

PEÓN 1.– Colón descubrió América, que América descubra las hamburguesas Paco...

PEÓN 2.– España es diferente, sus hamburguesas también...

PEÓN 1.– ¿Comida rápida?, depende de usted, hamburguesas Paco, a fuego lento...

PEÓN 2.– ¡El champán en España se llama cava, las hamburguesas se llaman Paco!

PEÓN 1.– Hamburguesas Paco, para combatir el intrusismo norteamericano, vamos a devolverles el Plan Marshall...

PEÓN 2.– Come y calla, hamburguesas Paco, lo demás es silencio...

EMPLEADOR.– ¡Atención! *(Mirando el teléfono.)* Me acaban de comunicar que hay dos puestos de trabajo, incorporación inmediata, si en vez de tocarse los huevos, deciden enfrentarse a su destino. España necesita emprendedores. *(A los DOS PEONES.)* Vengan conmigo y les haré el contrato. Mi parte será el veinte por ciento. Cobrarán por cada comensal que entregue una tarjeta con sus eslóganes, escritos y diseñados por ustedes mismos... A más tarjetas, más dinero... Sepan que estos porcentajes se renegocian progresivamente. Acompáñenme a mi oficina móvil..., luego les llevaré a sus puestos de trabajo, no hay tiempo que perder. *(Los tres se marchan.)*

MASCULINO Y FEMENINA

Pilar Zapata

FLOR.– Hola.

LUIS.– Holo.

FLOR.– *(Extrañada.)* ¿Qué te pasa? ¿Estás mosqueado conmiga porque he tardado en volver?

LUIS.– No estoy mosqueado. Decir «holo» es como decir «buenos díos».

FLOR.– ¡Buenos díos! Pero ¿qué te pasa, Luis?

LUIS.– Lo mismo que a ti. Si tú dices «conmiga» en vez de «conmigo» porque eres una mujer, yo puedo decir «holo» y «buenos díos». Como soy un hombro...

FLOR.– ¿Cómo que eres un hombro? ¿Y por qué no un pie?

LUIS.– *(Se ríe.)* Es que estoy harto de que la palabra «hombre» termine en «e», y desde ahora voy a darle un aire más varonil acabándolo en «o». Es lo que haces tú. *(Con voz de falsete.)* «Los otorrinolaringólogos y las otorrinolaringólogas fueron juntos y juntas al congreso/congresa...» ¡Si hasta dices «ya» en vez de «yo»!

FLOR.– Ya, pero *ya* tengo mis motivos El lenguaje es muy machista.

LUIS.– *Machisto*.

FLOR.– Eso. Y «yo» es una palabra muy importante para mí, porque me define a mí misma, que soy femenina. Por eso digo «ya».

LUIS.– También yo me sumo a la revolución del lenguaje. Anda, dame *la mana* y yo te doy *el mano*, para que se vea que estamos de acuerdo.

FLOR.– No te burles, porque es un asunto muy serio. Las mujeres estamos luchando por nuestros derechos.

LUIS.– Y ya sabes que te apoyo. Tú y yo nos repartimos el trabajo de la casa.

FLOR.– ¿Te parece mal?

LUIS.– Eso no. Pero cuando me vas a contar algo, entre tantos «-os» y «-as», me pierdo por el camino.

FLOR.– Pues tendrás que acostumbrarte. *(Mira el reloj.)* Oye, ¿ha llegado ya Clara?

LUIS.– Todavía no.

FLOR.– ¡Pero si me prometió que volvería a las seis para estudiar...! Estará con Javi, que le tiene sorbido el seso.

LUIS.– El tal Javi sí que debe de ser un poco machista.

FLOR.– ¿Por qué lo dices?

LUIS.– La oí discutir ayer con él por teléfono. Por lo visto no le deja ponerse no sé qué blusa porque va muy escotada.

FLOR.– ¡No me digas!

LUIS.– Y ella estaba como una corderita. Le pidió perdón y le prometió que no se la pondría más.

FLOR.– ¿Nuestra hija? ¡No me lo puedo creer!

LUIS.– Pues créetelo. ¡Imagínate, con el genio que tiene aquí en casa!

FLOR.– *(Consternada.)* Me dejas de piedra. Ahora entiendo lo del otro día. Pusieron una película de un sujeto que le hacía la vida imposible a su mujer por culpa de los celos, y Clara me dijo que eso era señal de que estaba muy enamorado de ella.Y es que Javi debe de ser muy celoso.

LUIS.– ¿Y a la niña no le importa?

FLOR.– Eso es lo peor: que le gusta que sea así. Yo..., perdón, *ya*, intenté explicarle los límites que hay entre una persona enamorada y un enfermo mental, pero se puso a discutir

conmigo, y al final subió el volumen de la televisión a tope para seguir viendo la película.

LUIS.– No hay que consentirle esa falta de respeto.

FLOR.– *(Desafiante.)* ¿Qué habrías hecho tú? ¿Enfrentarte a ella? Pues *ya* no me atrevo. Además, *ya* ya he hecho lo que he podido: la he educado en la igualdad, y le he dado ejemplo con mi propio comportamiento.

LUIS.– Ya lo sé, ya...

FLOR.– Tú no eres «ya». Tú eres «yo».

LUIS.– Quiero decir que ya sé que le has dado buen ejemplo, pero quizá deberías hablar con ella de ese tal Javi de mujer a mujer...

FLOR.– ¿Cómo de mujer a mujer? No me seas machista tú también. ¡Ni que las mujeres fuéramos unos bichos raros!

LUIS.– Unas bichas raras.

FLOR.– No sé, Víctor. Hablar con ella puede ser contraproducente. Muchas veces los chicos hacen lo contrario de lo que les dicen los padres, solo por rebeldía. Fíjate en mi prima Amparo: mis tíos eran comunistas y ateos, y ella se hizo de derechas y se metió monja. Además, tampoco sabemos lo que pasa en realidad. A lo mejor interpretaste mal lo que oíste. Puede que estuvieran de broma... *(Se oye una puerta al cerrarse.)* ¡Sssch, ya está aquí! Que no note que hablamos de ella. Voy a ponerme las zapatillas. *(Sale por la derecha.)*

LUIS.– ¡Espera! *(Sale también por la derecha.)*

(Entran por la izquierda CLARA *y* RUTH, *dos adolescentes.* CLARA *lleva un ojo ligeramente amoratado.)*

CLARA.– *(Le muestra el ojo a* RUTH. *Preocupada.)* ¿Se me nota mucho a esta luz?

RUTH.– Regular. Casi se veía menos al sol. Pero si te echas maquillaje, puede que no se den cuenta...

CLARA.– *(A punto de llorar.)* Si se enteran, me van a prohibir que vuelva a ver a Javi.

RUTH.– Era lo mejor que te podía pasar. Aunque no tienen por qué enterarse. Di que te has dado con la puerta de clase.

CLARA.– *(Enfadada.)* ¡Con la puerta! ¿Te crees que son tontos? Es un golpe en el hueco del ojo, y una puerta no tiene un saliente que encaje justo ahí.

RUTH.– Entonces diles lo del codo. Que un compañero te ha dado un codazo sin querer.

CLARA.– ¡Tú no conoces a mi madre! Es capaz de ir al instituto a protestar. Y más siendo un compañero. Si todavía fuera una compañera…

RUTH.– Pues mira: cuéntales la verdad y que se monte la que se tenga que montar. El Javi se ha pasado tres pueblos.

CLARA.– No, Ruth, la culpa ha sido mía. No debería haber hablado con Rubén.

RUTH.– Pero si él te saluda...

CLARA.– *(Pesarosa.)* De todos modos. Tenía que haber pasado de largo...

RUTH.– Venga, Clara, la culpa es del Javi, que es un bestia. No le defiendas encima.

CLARA.– No es un bestia. Lo que pasa es que me quiere mazo y se pone de los nervios por cualquier cosa que yo le haga. Además, cuando me ha perdido perdón, hasta se le han saltado las lágrimas

RUTH.– Sí, pero a ti por poco te salta el ojo.

CLARA.– ¡Ya está bien, Ruth! ¿Has venido a ayudarme con mis padres o a ponerme peor de lo que estoy?

RUTH.– ¿Y dónde están tus *viejis*? Porque yo no puedo quedarme mucho rato.

(Entran FLOR *y* LUIS *por la derecha.)*

FLOR.– *(Sonriendo.)* La vieja está aquí y el viejo viene con ella.
RUTH.– *(Cortada.)* Perdón.
FLOR.– No, si me parece muy buena idea. «Viejis» sirve para los dos sexos, y así no hay que repetir «tu viejo» y «tu vieja».
RUTH.– *(Extrañada.)* Eso sí.
FLOR.– ¿Vais a estudiar juntas?
RUTH.– No, yo ya me voy. He venido a que Clara me deje unos apuntes.
FLOR.– *(A* CLARA.*)* Serán unos apuntes que tú no necesitas...
CLARA.– *(Volviendo un poco la cara hacia* LUIS *para que* FLOR *no se la vea.)* Sí, son unas fotocopias...
LUIS.– *(A* CLARA.*)* ¿Qué te ha pasado en el ojo?
FLOR.– *(Le coge la barbilla a* CLARA *y le mira el ojo.)* Es verdad. ¿Qué es esto?

*(*CLARA *y* RUTH *contestan al unísono, mezclando las respuestas.)*

CLARA.– Me he dado un golpe con la puerta al salir de clase.
RUTH.– Un compañero le ha pegado un codazo sin querer.
FLOR y **LUIS.–** *(También los dos a la vez. Extrañados.)* ¿Cómo? ¿Qué?
RUTH.– *(Puntualizando.)* Un compañero, no; una compañera.
CLARA.– Sí, una compañera ha abierto la puerta de clase de un codazo cuando yo iba a salir, y...
FLOR.– ¡Pues qué chica tan burra!
RUTH.– Eso le digo yo a Clara, que qué burro. *(*CLARA *la mira con reproche.)*
FLOR.– *(Enfadada.)* ¿Cómo «burro»? Si es una chica, será «burra». ¡Estaría bueno que les quitáramos el femenino a palabras que lo tienen!

CLARA.– *(Alzando la voz.)* ¡Ya está bien! Y tampoco es tan burrr... *(Duda un instante.)* Tan burra. Ha sido sin querer, y me ha pedido perdón cien veces.

RUTH.– Cien, no; una y gracias.

FLOR.– ¡Qué menos que pedirte perdón! ¡Menudo cardenal te está saliendo!

LUIS.– *(Se acerca a mirar el ojo.)* ¿Ves bien, hija?

CLARA.– Sí.

FLOR.– ¿Seguro?

CLARA.– *(Se cubre el ojo con la mano.)* ¡Y tan seguro! No me pasa nada.

FLOR.– *(Dudosa.)* ¿Y si nos acercamos al ambulatorio a que te echen un vistazo?

CLARA.– *(Apurada.)* ¡Que no, mamá! ¡Si estoy perfectamente! ¿Verdad, Ruth?

RUTH.– Si tú lo dices...

CLARA.– Además, tengo que estudiar.

LUIS.– Quizá deberíamos pedirle hora al oculista... Perdón, al *oculisto*. *(A partir de aquí,* RUTH *mira asombrada alternativamente a* FLOR *y a* LUIS.*)*

CLARA.– ¡Papá! ¿Tú también?

FLOR.– De momento voy a echarte un poco de crema. *Una poca* de crema.

LUIS.– Ponle mejor una bolsa de hielo. De *hiela*.

FLOR.– En este caso puedes decir «hielo».

LUIS.– ¿Estás segura? Como es una bolsa... Y además es para Clara, que es femenino.

FLOR.– Femenina. Pero «hielo» es masculino. Habría que preguntárselo a un lingüista.

LUIS.– A un *lingüisto*.

FLOR.– O a una lingüista. ¿Ves hija, como en casa defendemos los derechos de las mujeres?